

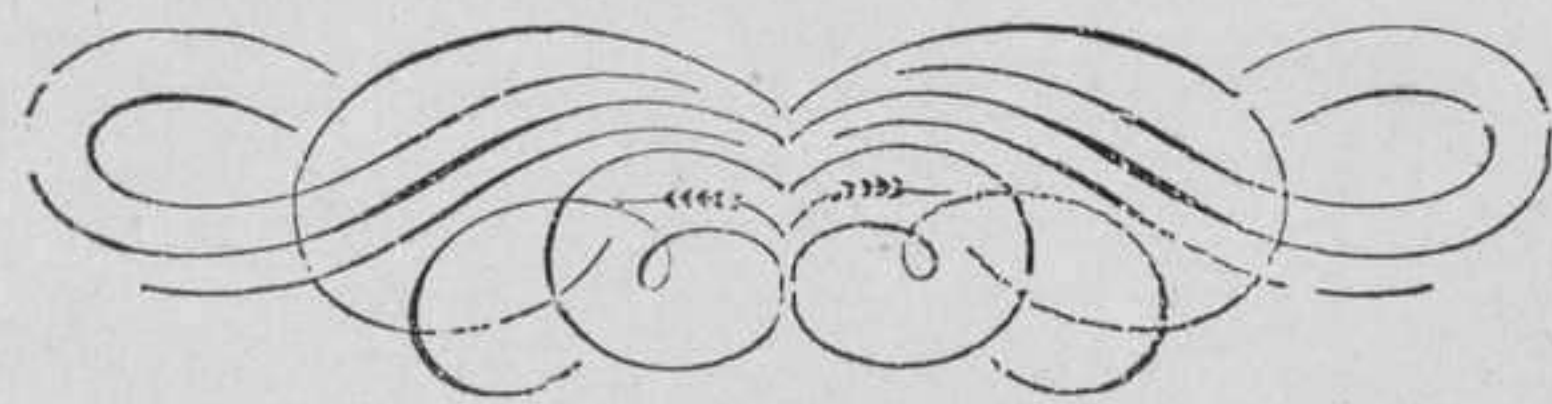
EL

# CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

---

TOMO DÉCIMOSEXTO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MELAN, EDITORES PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N° 4.

—  
1860



# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 19. — N° 391.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris;

## SUMARIO.

Entrevista del emperador y la emperatriz de los franceses con la emperatriz viuda de Rusia; grabado. — La Dama de noche. — Desembarco de la emperatriz viuda de Rusia en Marsella; grabados. — Embarco de Palermo; grabado. — Revista de Paris. — Composicion poética á la salida de las naves de Colon del puerto de Palos. — La expedicion de Garibaldi; grabados. — Dominacion española en Italia. — Los baños de Biarritz; grabados. — Un drama en una jaula. — Boletín científico. — Revista de la moda. — El bosque de Vincennes; grabados.

## Entrevista

DEL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES CON LA EMPERATRIZ VIUDA DE RUSIA.

El emperador y la emperatriz salieron de Paris el 1° de junio por la mañana para ir á hacer una visita á la emperatriz viuda de Rusia que viniendo de Niza debia detenerse en Lyon. La víspera habia tenido lugar en Marsella con gran pompa, el desembarco de la emperatriz. El convoy imperial que partió á las once de Paris, llegó á Lyon á las ocho del mismo dia.

El emperador y la emperatriz fueron recibidos al salir del wagon por el mariscal de Castellane y el senador encargado de la administracion del Ródano, que habian precedido al general Fleury, ayudante del emperador, en el salon preparado para recibir á Sus Majestades.

El emperador daba el brazo á la emperatriz; S. M. llevaba un vestido de viaje.

El cortejo imperial precedido y seguido de un escuadron de dragones, se dirigió por la calle Bourbon y la calle Imperial y luego, en medio de las aclamaciones de la muchedumbre, á la casa de la Prefectura, á cuya entrada formaban un batallon de infanteria y un piquete de caballeria.

En los principales barrios de la ciudad las casas se habian adornado con los colores nacionales. En varias de ellas habian enarbolado el estandarte ruso y los colores del Piamonte entre as banderas que decoraban sus

fachadas. Por la noche las iluminaciones presentaban un magnifico golpe de vista. La casa de la Prefectura, el Gran Teatro y el palacio del Comercio estaban resplandecientes de luces.

A eso de las nueve y media Sus Majestades, acompañadas de las personas de su comitiva, salian de la casa

de la Prefectura con direccion al hotel del Universo, donde se habia apeado la emperatriz viuda de Rusia.

En la mañana siguiente el emperador despues de haberse paseado por la ciudad y de haber visitado los monumentos, acompañado por las aclamaciones de la poblacion, hizo una segunda visita á la emperatriz de Rusia, y se fué con ella al Hotel de Villa donde estaba preparada una comida en la que tomaron parte el emperador y la emperatriz Eugenia, la emperatriz viuda y la gran duquesa Elena de Rusia.

El emperador acompañó despues á la emperatriz viuda al embarcadero del ferro-carril de Ginebra, y dos horas despues el tren imperial salia de Lyon para regresar á Paris. E. T.



S. M. ALEJANDRA FEODOWNA, EMPERATRIZ VIUDA DE RUSIA.

LA

## DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuacion.)

Y no fué esto solo; obligado á la guerra, y vencedor, no vendió á los mercaderes europeos ó árabes sus prisioneros, sino que los mantuvo en su tribu libres como á sus otros vasallos, les dió terrenos y rebaños, y los bautizó.

Los misioneros habian creido que la blandura y los beneficios atraerian multitud de indigenas á la tribu del lago, y que con el tiempo podria contarse con un verdadero establecimiento europeo, con una especie de núcleo de civilizacion en el centro del Africa setentrional.

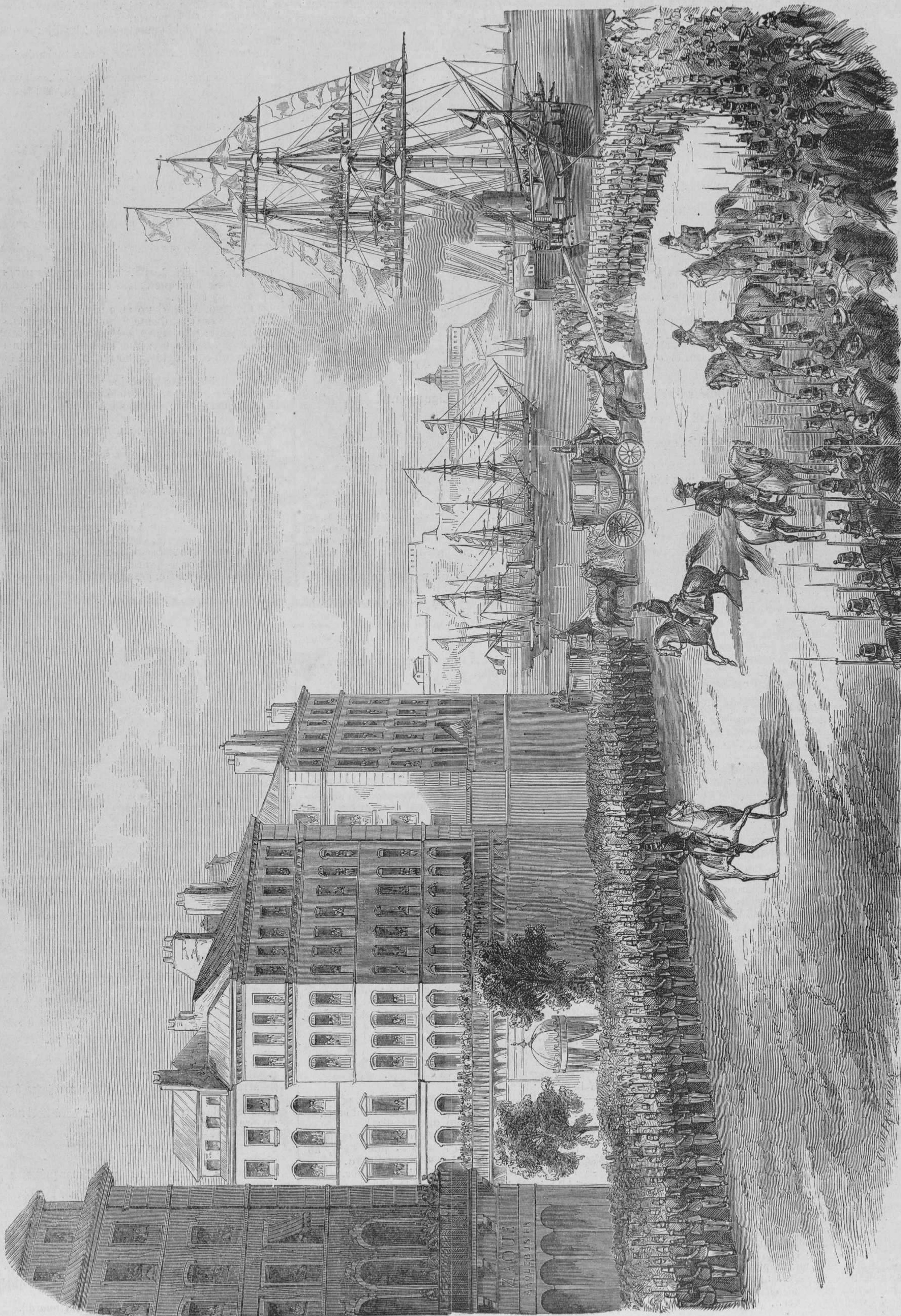
¡Ah señora! ¡y cuántas desgracias debia traer sobre nosotros este celo inconsiderado de los misioneros!

XCVIII.

Yo entonces no podia prever estas desdichas y era feliz.

Al dia siguiente de haber sido trasladada por mi esposo á su tribu, este entró en la habitacion en que me encontraba y asiéndome una mano con ternura me dijo:

— Itumela, estás bajo mi techo, le iluminas con tu hermosura, llenas mi alma de felicidad; pero esa felicidad no puede ser completa para mí sino cuando seas cristiana.

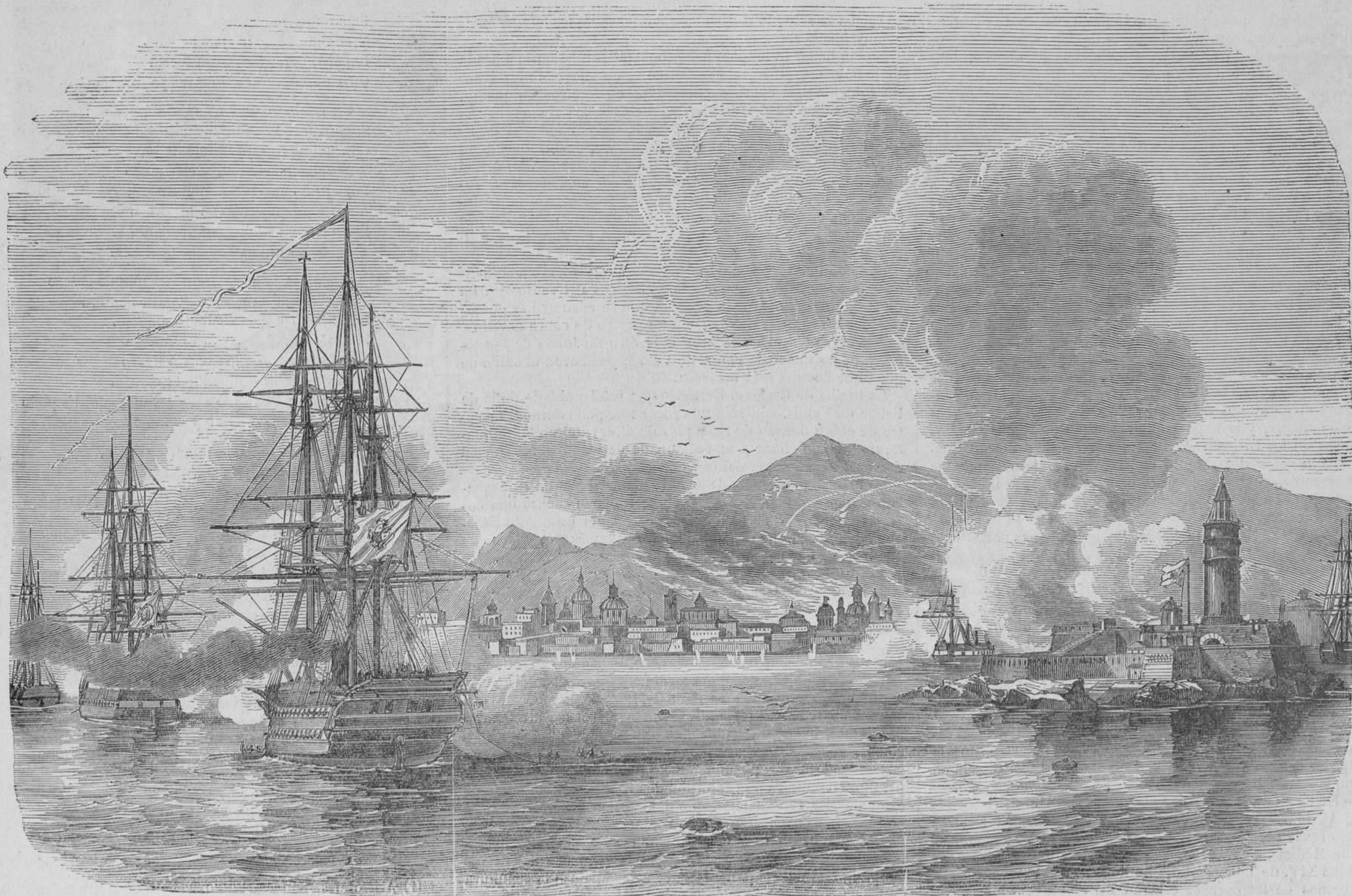


DESEMBARCO DE LA EMPERATRIZ VIUDA DE RUSIA EN MARSELLA.

CHATELAIN



ENTREVISTA DE SS. MM. EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES CON S. M. LA EMPERATRIZ VIUDA DE RUSIA EN EL HOTEL DEL UNIVERSO, EN LYON.



BOMBARDEO DE PALERMO. (Véase el artículo : Expedición de Garibaldi.)

## Revista de Paris.

La corte imperial está de luto: el príncipe Gerónimo Napoleón Bonaparte murió en la tarde del 24 de junio en su palacio campestre de Villegenis. El príncipe Gerónimo era el más joven de los hermanos de Napoleón I: había nacido el 15 de noviembre de 1784, y por consiguiente tenía setenta y seis años. Fué rey de Westfalia desde el 1º de diciembre de 1807 hasta el 26 de octubre de 1813. Casó con la princesa Catalina Sofía, hija del difunto rey de Wurtemberg, y quedó viudo el 28 de noviembre de 1836. De este matrimonio nacieron dos hijos: la princesa Matilde y el príncipe Napoleón Bonaparte. El príncipe Gerónimo era mariscal de Francia y gobernador de los Inválidos.

Actualmente se preparan los funerales. Parece estar decidido que los miembros de la familia imperial han de recibir sepultura en las bóvedas de la iglesia de Saint-Denis, allí donde fueron colocados los cuerpos de los reyes, reinas, príncipes y princesas de las tres primeras dinastías. Como es sabido, en 1793 todas estas bóvedas fueron abiertas y quemados los restos que contenían.

En julio de 1846 el gobierno de Luis Felipe mandó encerrar en una urna de piedra algunas partículas que suponían pertenecientes á los cuerpos de Enrique IV, de María de Médicis y de Luis XIV. En la bóveda de los Borbones se encuentran á la derecha el féretro de Luis XVIII, y debajo una vasija de cobre con las entrañas de este monarca.

Otros dos féretros contienen los restos de Luis XVI y de María Antonieta; enfrente están los féretros de las princesas Victoria y Adelaida de Francia, del duque de Berry, asesinado en 1820, y de dos hijos suyos que apenas vivieron algunas horas.

Ciento veinte y nueve son los sepulcros de San Dionisio, contando desde el rey Chereberto hasta Luis XVIII. De los tres nietos de Luis XV, Luis XVIII es el único que ha muerto en el palacio de Tullerías, y cuyas exequias se hayan celebrado en Saint-Denis con el ceremonial usado para los reyes que fueron sus predecesores.

El rey Carlos X, muerto en el destierro, descansa en las bóvedas del convento de Capuchinos de Goritz. El cuerpo de Luis Felipe se halla en Inglaterra.

En conformidad á la decision imperial indicada mas arriba, se están haciendo obras en Saint-Denis para preparar las tumbas de la cuarta dinastía francesa. — Muy necesarias son las obras si se quiere devolver su antiguo aspecto al regio panteon de Saint-Denis; pues la devastacion de 1793 ha dejado allí señales indelebiles. Nada mas terrible que la exhumacion que tuvo lugar en Saint-Denis en octubre del referido año.

A consecuencia de un decreto de la Convencion que decia: «Las tumbas y mausoleos de los que fueron reyes, elevados en la iglesia de Saint-Denis, en los templos y otros lugares en toda la extension de la república, serán destruidos.» — los miembros de la municipalidad del nuevo pueblo de Franciade (Saint-Denis) violaron las sepulturas de las razas reales que habian gobernado á la Francia, y de muchos grandes hombres que la habian ilustrado.

Vamos á reasumir con la mayor brevedad posible el acta que se redactó con este motivo, que tenemos á la vista.

El sábado 12 de octubre de 1793, dice este documento, los miembros de la municipalidad de Franciade, en conformidad al decreto de la Convencion nacional, ordenaron exhumar en la abadía de Saint-Denis los cuerpos de los reyes, reinas, príncipes, princesas y hombres célebres enterrados allí, á fin de sacar todo el plomo que contenian sus féretros para hacer balas.

Los obreros deseosos de contemplar los restos de un grande hombre, se apresuraron á abrir el féretro de Turenne.

El cuerpo fué encontrado en tan buen estado de conservacion, que los rasgos del semblante, de todo punto conformes con los de los retratos existentes, no estaban alterados en lo mas mínimo; los espectadores sorprendidos creyeron ver el alma del gran capitán, cuyos restos admiraban, agitando aun para defender los derechos de la Francia.

El cuerpo, reducido á momia y de color de hollín, fué entregado al guardian, quien le conservó en una caja de madera de encina, y le expuso en la sacristía de la iglesia á las miradas de los curiosos. Los restos de Turenne fueron trasladados despues al Jardin de Plantas, luego al museo de los Monumentos, y finalmente al templo de Marte (la iglesia de los Inválidos), el 1º vendimiario año IX, previa la decision de los cónsules.

En seguida abrieron la bóveda de los Borbones por el lado de las capillas subterráneas, y principiaron por sacar el féretro de Enrique IV.

El cuerpo de este rey se encontró perfectamente conservado. Le depositaron en su sudario en el pasaje de las capillas bajas. El público pudo verle hasta el lunes 14, día en que fué llevado al cementerio de los Valois. Este cadáver, considerado como una momia seca, tenia el cráneo serrado, y en lugar de los sesos que habian sido sacados, tenia una estopa empapada en un licor aromático que despedía un olor fuertísimo apenas soportable.

Un soldado que asistía á la abertura del féretro, sacó el sable, y despues de haber admirado los restos del vencedor de la Liga, cortó una larga mecha de la barba fresca todavía de Enrique exclamando:

— No llevaré otros bigotes en toda mi vida.

El 14 de octubre siguieron exhumando los demás féretros de los Borbones, á saber: de Luis XIII, de Luis XIV, de María de Médicis, de Ana de Austria, de María Teresa, esposa de Luis XIV, de Luis, delfín, hijo de Luis XIV.

Algunos de los cuerpos estaban bien conservados, sobre todo el de Luis XIII; pero la piel de Luis XIV estaba negra como la tinta.

El 15 continuaron la operacion con los féretros de los Bor-

bones, pero no ocurrió nada notable. Sacaron de la bóveda los corazones de Luis, delfín, hijo de Luis XV, y de su mujer María de Saboya.

El plomo se recogió, y llevaron al cementerio los cadáveres de los Borbones. Los corazones de plomo, cubiertos de plata, y las coronas se depositaron en la municipalidad. En cuanto al plomo, se entregó á los comisarios del gobierno.

El día siguiente abrieron en la capilla llamada de los *Cárlos* las sepulturas de Carlos V y de su esposa Juana de Borbon. Sacaron del féretro de Carlos V una corona bien conservada, una mano de justicia y un cetro de unos cinco piés, todo de plata sobredorada.

En el féretro de Juana de Borbon hallaron un resto de corona, un anillo de oro, restos de brazaletes, una rueda de madera dorada medio podrida, y zapatos de forma puntiaguda.

Las tumbas de Carlos VI y de Isabeau de Baviera que fueron abiertas el 17 de octubre, no encerraban ya nada de valor: en agosto del mismo año habian sido completamente despojadas.

El 18 de octubre descubrieron los restos de Luis X encerrados en una piedra en forma de artesa y forrada por dentro de hojas de plomo. Entre los huesos secos se hallaron unos fragmentos corroidos de cetro y de corona.

El cuerpo de Luis VIII que sacaron el 19 de octubre se hallaba consumido; solo hallaron un resto de cetro de madera podrida y una diadema que consistía en una banda de tisú de oro, con un gorriño de una tela satinada bastante bien conservado; el cuerpo estaba envuelto en un paño ó sudario de oro, del que se hallaron intactos algunos pedazos, y luego estaba cosido en un cuero muy grueso que tenia aun toda su elasticidad.

Despues de haber desenladrillado la parte alta del coro para buscar los féretros ocultos en la tierra, los obreros encontraron el de Felipe el Hermoso. Este féretro de piedra y en forma de artesa, encerraba con el esqueleto un anillo de oro, un resto de diadema de tisú de oro y un cetro de cobre dorado de cinco piés de largo, que tenia al remate unas hojas con un pájaro, tambien de cobre.

Por la noche y á la luz de las antorchas procedieron á la abertura de la tumba de piedra del rey Dagoberto, muerto en 638. Despues de haber roto la estatua que cerraba la entrada del sarcófago, hallaron un cofre de unos dos piés de largo, guarnecido de plomo interiormente que encerraba los huesos de este príncipe con los de su mujer Nantilde, envueltos en una tela de seda, y los cuerpos separados por una tabla que dividía el cofre en dos partes. En un lado habia una placa de plomo con esta inscripcion: *Hic jacet corpus Dagoberti*; y en el opuesto otra semejante que decia: *Hic jacet corpus Nanthildis*.

El domingo 20 de octubre de 1793 los obreros trabajaron sobre la sepultura de Luis IX; pero solo hallaron una artesa de piedra sin tapa.

En la capilla llamada de los *Cárlos*, sacaron el féretro de plomo de Bertran de Duguesclin, muerto en 1380; su esqueleto estaba intacto; la cabeza bien conservada, los huesos secos y muy blancos.

No sin haber buscado mucho consiguieron hallar la entrada de la bóveda sepulcral de Francisco I; esta bóveda muy grande contenía seis cuerpos encerrados en féretros de plomo, puestos sobre barras de hierro, que eran los siguientes: el de Francisco I; el de su madre Lucía de Saboya y el de su mujer Claudia de Francia; el de Francisco, delfín, muerto en 1536 á los diez y nueve años; el de su hermano Carlos y el de su hermana Carlota, muerta á los ocho años de edad. Todos estos cuerpos se hallaban en putrefaccion; un agua negra, infecta, corria á través de los féretros. Los restos de Francisco I eran los de un hombre de una estatura extraordinaria y de una constitucion muy fuerte.

El 23 de octubre continuaron las obras que habian comenzado la víspera para descubrir las tumbas del santuario. La de Felipe de Valois fué la primera que se encontró, y contenía una corona y un féretro con un pájaro de cobre dorado.

Mas cerca del altar abrieron el féretro de Juana de Borgoña, primera mujer de Felipe de Valois, y hallaron el anillo de plata que llevaba esta princesa.

La tumba de Carlos el Hermoso que estaba al lado de la de Felipe de Valois, contenía una corona de plata dorada, un cetro de cobre dorado de siete piés de altura, un anillo de plata, un palo de ébano y una almohada de plomo sobre la cual descansaba la cabeza del rey.

En la tumba de piedra de Felipe el Largo hallaron su esqueleto cubierto con su régia vestidura; ceñía su cabeza una corona de plata dorada con pedrerías, y tenia un manto adornado con un broche de oro; hallaron además un pedazo de cinturón de tela satinada, con una hebilla de plata dorada y un cetro de cobre.

El informe que acabamos de extraer hace mencion de otros muchos príncipes y princesas de sangre real, cuyos féretros fueron hechos pedazos. La lectura de este documento histórico produce una impresion bien triste; sobre todo espanta esa violacion de sepulturas, crimen que se castiga en todas las naciones, ejecutada legalmente por las autoridades, con el pretexto de recoger algunas libras de plomo.

Además, todas las techumbres de la iglesia se arrancaron para fundir balas, y el edificio, mutilado por otras degradaciones, amenazaba ruina, cuando en 1804 la Sociedad de amigos de las artes dirigió una peticion al ministro del Interior para que nombrara una comision de arquitectos encargada de examinar las reparaciones que debian hacerse en la antigua basílica. Las conclusiones fueron adoptadas, y dos años despues sobre el informe de esta comision Napoleón I decretaba:

«La iglesia de Saint-Denis queda destinada á la sepultura de los emperadores; cuatro capillas serán erigidas en la iglesia, tres de ellas en el sitio que ocupaban las tumbas de los reyes de la segunda y la tercera raza, y la cuarta en el lugar designado para la sepultura de los emperadores. En las capi-

llas de las tres razas se pondrán lápidas con los nombres de los reyes cuyos mausoleos estaban en la iglesia de Saint-Denis.»

La bóveda abierta para la familia napoleónica no ha encerrado hasta aquí mas que los restos del joven Luis, hijo de Luis, rey de Holanda. En 1814 los Borbones mandaron sacar el cuerpo, que fué llevado al cementerio de la ciudad para hacer puesto al de Luis XVI.

Hoy, segun han indicado algunos periódicos, se llevará á esa bóveda el cuerpo del príncipe Gerónimo, aunque antes será depositado en los Inválidos.

MARIANO URRABIETA.

## Composicion poética

## A LA SALIDA DE LAS NAVES DE COLON

DEL PUERTO DE PALOS.

Sublime inteligencia, que del cielo  
A la mente del ser que diviniza  
Desciende con radiante y fácil vuelo,  
Que lo eleva, engrandece y electriza,  
Que le infunde el espíritu y el celo  
De la ciencia de Dios que patentiza;  
¿Cuál fué el suceso célebre y fecundo  
Que aumentó la creacion, que ensanchó el mundo?

Recorre el orbe activa, diligente,  
De la imaginacion con la carrera;  
Todos los tiempos con tu vista ardiente  
Examina afanosa, y considera  
Esos trastornos que Jehová consiente,  
Que imperan y dominan por do quiera,  
Fijando el espantoso torbellino  
De este caos turbulento y su destino.

Estudia al hombre en su naciente estado:  
Míralo en pos ufano, poderoso,  
Dictando leyes por la ley alzado:  
En el solio arrogante y ostentoso  
Galardonar un hecho fortunado,  
Fundando reinos é imperando ansioso,  
Derramando la saña por la tierra  
Y alimentando la ceñuda guerra.

Brilló la Grecia y sucumbió humiljosa:  
Roma con su poder y predominio  
Tambien tocó su ruina vergonzosa:  
El Norte desbordado el exterminio  
Espanció y la contienda belicosa,  
Y aunque brilló la ciencia y su dominio  
Imperó, entre fantástica teoría  
Otro mundo entre sombras se ofrecia (1).

Un genio se elevó ferviente, osado:  
Superó á todo sabio fastuoso  
Con ánimo resuelto y alentado,  
Y el valladar terrible y espantoso  
Por el inmenso océano formado,  
A su arrogante espíritu ardoroso  
Frágil, débil estorbo le presenta,  
Y entre las ondas su saber ostenta.

¿Quién te igualó, Colon? El mundo entero  
Te contempló admirado, y á tu nombre  
Humilló su cerviz el altanero  
Filósofo orgulloso, y tu renombre  
Como un rayo de luz corrió ligero  
A confundir la vanidad del hombre.  
¿Quién tu númen mostró? ¿Quién cual tú pudo  
Vencer al sabio tétrico y ceñudo?

En tu imaginacion altiva, ardiente,  
La abrasadora llama de la ciencia  
Encontró su solaz: el Ser potente  
Te crió para el bien: con su excelencia,  
Con su divina gracia y prepotente  
Aseguró tu célica creencia:  
En tí fundó su triunfo y mayor gloria  
A los siglos legando tu memoria.

«Que sea (pronunció), y de la tierra  
»Se muestre el resto al entendido humano.»  
Y la grandeza que en su seno encierra,  
Y aquel poder inmenso y soberano  
Que en sus resoluciones nunca yerra,  
Lo deposita en tu segura mano:  
En tí, Colon: y te anunció aquel día  
Que al Occidente el sol tambien lucia.

Cual águila orgullosa y altanera  
Que despliega sus alas y se mece  
En la region del viento placentera,  
Y descende á su nido, y se adornece,

(1) Aristóteles, Séneca, Plinio y Estrabon en sus meditaciones filosóficas indicaron la existencia de tierras remotas al Occidente, mas sus anuncios quedaron envueltos en las sombras del misterio, como tambien las relaciones de Marco Polo y Mandeville y de otros célebres navegantes. — *El autor.*

Y vuelve á alzarse, y libre persevera  
En su resolucion, y se envanece;  
Así emprendió Colon su rauda vuelo  
Y se encumbraba en el radiante cielo.

¡Mas cuánto padecer y cuántos males  
Sufrió la resignada mansedumbre  
Del mas grande y feliz de los mortales!  
Nuncio de un bien futuro, á la alta cumbre  
De la ciencia inmortal, con sus reales  
Pensamientos, certeza y certidumbre  
Rechazaba de doctos los delirios,  
Y do sembraba el bien cogía martirios.

Isabel de Castilla su querella  
Comprendió, y penetrando el grande arcano  
Su triunfo fija, su ventura sella;  
Al nauta tiende su esplendente mano;  
A su áulico hemisferio como estrella  
Lo sublimó para honra del hispano,  
Y escuchó de sus labios con sorpresa:  
«Yo por Castilla abrazaré la empresa.»

Permite ¡oh reina que mi débil musa  
Tu nombre aclame, y que mi lira eleve  
Con armoniosos ecos la profusa,  
La noble accion que á tu esplendor se debe:  
Tú despreciaste la opinion difusa  
De fatuos mil la emulacion alevé;  
Tus joyas ofreciste dadivosa,  
Tú impulsaste la empresa portentosa.

¡Cómo es verdad que un corazon ferviente  
Encuentra todo el bien y su delicia  
En el objeto que halagó su mente,  
Y la grata ilusion blanda y propicia  
Goza aquel fruto bello preferente,  
Que acoge como un don de la justicia;  
Y con sus presunciones pasajeras  
Percibe las venturas lisenjeras!

Partió al punto Colon, y cuidadoso  
A la Rábida llega do su empeño  
Mostró primero mísero afanoso,  
Ora de un mundo cual seguro dueño:  
Su espíritu inflexible y ardoroso  
Mas se embriagaba en su precioso ensueño,  
Y en los brazos del célebre Marchena  
Recibió el parabien que lo enajena.

Es de la cristiandad norma segura  
Ver solo en Dios y en su benevolencia  
Toda resolucion perfecta y pura,  
Y en todo halla de Dios la omnipotencia,  
Pues la fe y la piedad así lo augura  
Y lo dicta la sábia inteligencia;  
Y toda empresa que al Señor invoca  
La perfeccion y la excelencia toca.

En tan bella creencia aleccionado  
Colon se confiaba diligente,  
Y ante el Autor supremo prosternado  
Con resolucion firme y reverente  
En su dulce esperanza asegurado,  
Le ofrecia sumiso, ledo, ardiente,  
El pensamiento que inspiró su anhelo,  
Y de la estupidez alzaba el velo.

Seguido de su fiel y dulce amigo,  
De aquel prelado sabio y officioso  
De su abandono y su orfandad testigo,  
Ante el sagrado altar y misterioso  
De San Jorge de Palos, y al abrigo  
De un poder arbitrario y receloso,  
Se publicó el rescripto que fijaba  
Aquella noble empresa y la elevaba.

Nunca, por suerte infausta, se reune  
En un mismo interés é igual concierto  
La comun voluntad, ni sigue immune  
Todo suceso como justo y cierto  
Un solo parecer que no se une  
En su afanoso discurrir incierto,  
Pues lo que á un ser agrada ó engrandece,  
A otro lo abate, ofusca ó lo decrece.

El espanto, el terror y la zozobra  
Se suscitó en el pueblo consternado  
Al contemplar aquella extraña obra  
De infausta ejecucion y fin menguado:  
La perdida razon tarde se cobra,  
Aunque la ciencia con su tono alzado  
Procure disipar con sus razones  
De un concurso alarmado las ficciones.

Se alzó una airada y fiera competencia,  
Aparecieron fúnebres señales  
En la esfera sin luz, y en su demencia  
Vió la imaginacion monstruos fatales:  
Del mar enfarecido la inclemencia  
Presentaba espantosa á los mortales

Un sepulcro seguro y un fin cierto  
En un abismo inmensurable y yerto.

Todo fué agitacion, terror, ruina:  
Como á un ser delirante y pavoroso  
Se contempló á Colon, y su doctrina  
Estremecia al pueblo candoroso  
Donde la indignacion solo domina  
Sin sosiego, sin calma ni reposo:  
Se comprimó la multitud pasmada  
Por horribles fantasmas contrastada.

«¡Engolfarse en el mar! ¡capricho vano!  
Repetía la airada muchedumbre;  
¡Buscar en el horror del Oceano  
Un fin con su segura certidumbre,  
Por complacer á un temerario insano  
Que ofrece solo mal y pesadumbre;  
A un visionario presuntuoso y necio  
Que execracion merece y el desprecio!»

Afanoso Marchena secundando  
De Colon los esfuerzos, lo impulsaba  
Su paternal influjo derramando:  
La reflexion, la calma concitaba  
Para aplacar el ominoso bando,  
Que la anhelada empresa retardaba  
Con sus imaginarias alusiones,  
Sus fatales anuncios é impresiones.

Solo virtud, resignacion, constancia,  
Entre afanes continuos y desvelo  
Presentaba Colon: su tolerancia  
Templaba de sus émulos el duelo:  
Con su serenidad y vigilancia  
Y el pensamiento en el favor del cielo  
Mantenia resuelto y animoso  
Su esclarecido triunfo y portentoso.

Su aspiracion, su fe, su bien, su gloria,  
Todo á aquel hecho audaz lo confiaba:  
Dictaba los renglones de su historia  
Que orlan su tumba y que la fama alaba:  
Y del santo sepulcro, en su memoria  
El rescate benéfico que ansiaba  
Sostuvo con afan firme y constante,  
Cual triunfo de la Iglesia militante.

Como el astro del dia refulgente  
Penetra por la parda oscura nube,  
Y con su ardor activo y disolvente  
La niebla esparce que á la esfera sube;  
Así Colon en su deseo ardiente,  
Al Padre de la gracia y del querube  
Imitando del sol la fuerza activa,  
Lo invocaba con fe sumisa y viva.

Cuando afanoso el hombre algun suceso  
No alcanza con su esfuerzo y albedrío,  
Ni un término feliz á su embeleso  
Halla agitado en mísero desvío,  
El Supremo Hacedor con firme acceso  
Mostrando su grandeza y poderío  
Dispone que la próspera fortuna  
Se muestre mas propicia y oportuna.

Así el nauta alcanzó del justo cielo  
De su incesante afan la recompensa:  
De espíritus angélicos el vuelo  
Halagaban su mente, y de la inmensa  
Divina gracia recibió el consuelo  
Que al justo en su infortunio le dispensa;  
La voluntad divina contemplaba  
Y á su glorioso triunfo se acercaba.

Un atrevido, osado navegante,  
El célebre Pinzon, ya convenido  
Como diestro piloto y mareante,  
Se unió á Colon resuelto y entendido;  
Y al ver aquel magnate que anhelante  
Secundaba aquel hecho convencido  
Y se reunió á la empresa proyectada,  
Se templó la inquietud entronizada.

De este nuevo adalid la union segura  
Fué cual la fresca linfa al mustio prado:  
Su ansiedad moderaba y su amargura  
El pueblo honroso en su afflictivo estado:  
A ella se debió el bien, y aquella altura  
Que dió Colon al hecho celebrado,  
Y al llevar por los mares procelosos  
Marineros activos y animosos.

Yañez Pinzon su hermano, de concierto  
Se unió á los dos, y al punto combinaron  
Marear sus bajeles en el puerto,  
Y á arrostrar los peligros se brindaron:  
Ruiz y Roldan con ánimo resuelto  
Con Sanchez y Segovia se alistaron,  
Y Arana y Escobar; y aventureros,  
Y famosos y diestros mosqueteros.

Y la heroica Isabel, grande, esplendente,  
Celebraba aquel acto apetecido,  
Y que impulsaba su deseo ardiente  
Cumpliendo su contrato convenido:  
Bondosa, afable, tierna, complaciente,  
Llegar ansiaba al triunfo prometido,  
Y ver asegurado el pacto honroso  
Que abrigaba en su pecho generoso.

No es el canoro cisne, la alba aurora  
Mas grata cuando leda se presenta  
Ahuyentando las sombras, y colora  
De verde el prado, y el esmalte aumenta  
De la halagüeña encantadora Flora  
Y todo corazon gozoso alienta,  
Como al descubridor fué el fausto dia  
Que dió principio á su feliz teoría.

Tres caravelas en la rada izaron  
La enseña de Castilla: el estampido  
Retumbó del cañon, y se elevaron  
Cánticos reverentes: y al ruido  
De estrepitosas voces, se calmaron  
Los fúnebres anuncios, y el plañido  
Se trocó en apacible confianza,  
Y brilló en todo pecho la esperanza.

Un confuso tropel se vió alteroso  
Vagar por la amenísima ribera  
De aquel mar trasparente y luminoso:  
Llegó Colon con su presencia altera,  
Su noble faz, su traje majestuoso;  
Tendió afable la vista y placentera,  
Y entre la multitud se presentaba  
Como el númen que el triunfo presagiaba.

El tierno padre al hijo condolido  
Estrechaba en su seno, y contristado  
El amigo á su amigo dolorido,  
La esposa á su consorte idolatrado,  
Y con ánimo inquieto y comprimido  
El sensible labriego enajenado  
Al triste compañero despedía,  
Y un adios sempiterno repetía.

Con la imaginacion en rauda vuelo  
Y al cielo dirigiendo reverente  
Sus plegarias, cual célebre modelo,  
Fray Juan Marchena activo, diligente,  
De Colon mantenía el justo celo,  
Y al partir, persuasivo y eminente,  
«Corre á ensanchar, Colon (le dijo ufano)  
La mansion deliciosa del cristiano.»

Y le tendió sus brazos cariñoso,  
Saltó al esquife que cortó las olas,  
En su bajel altivo y ostentoso  
Tremolaban banderas españolas.  
El crujir del cañon al mar añoso  
Volvió á agitar; y bellas aureolas  
Rodearon del nauta la alta frente  
Donde brillaba su deseo ardiente.

En la Santa Maria aparejada  
Colon, Segovia, Arana se embarcaron;  
De cubierta corrida y popa alzada,  
Que robustas bombardas reforzaron:  
Y á la *Pinta*, su jarcia asegurada,  
Y á la velera *Niña* que atildaron,  
Las mandaban los ínclitos Pinzones  
De firmes y resueltos corazones.

Elevaron las áncoras, y al viento  
Dieron las alas de nevado lino,  
Y en rápido, atrevido movimiento  
Las quillas resbalaban de continuo:  
De Fernando é Isabel fiel monumento  
El hecho fué como favor divino,  
Y los nautas alzaron sus cantares,  
Y se engolfaron en los anchos mares.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

### La expedicion de Garibaldi.

Es verdaderamente admirable lo que Garibaldi ha hecho con un puñado de hombres, mil y tantos cazadores de los Alpes y algunos húngaros con que desembarcó en Marsala. Merced á marchas rapidísimas por terrenos los mas montuosos, á sorpresas y estratagemas de todo género y á un valor heroico desplegado en los diferentes encuentros que precedieron á su entrada en Palermo, ha conseguido arrollar delante de sí las tropas napolitanas, infundir un ardor, de que carecian, á las bandas sicilianas, convirtiéndolas en un verdadero ejército mandado por el general Mazza, y concibiendo el atrevido proyecto de dar un golpe de mano sobre Palermo, sorprender esta poblacion, hacerla levantar en masa en favor de la revolucion de Sicilia, y obligar á un ejército de 20,000 hombres, sostenido por una escuadra y ocupando posiciones fuertísimas, á una capi-



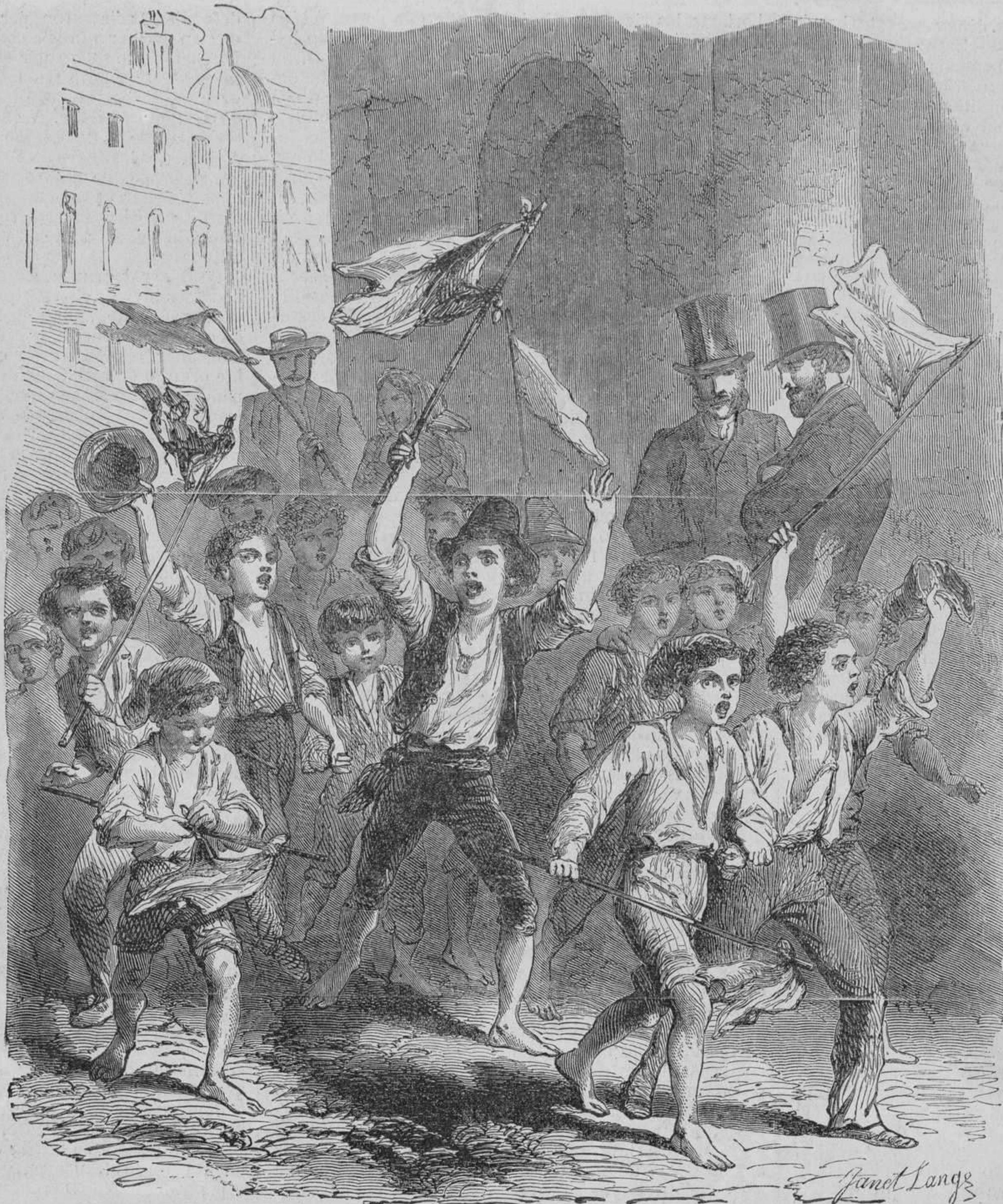
CAMPAMENTO DE LAS TROPAS DE GARIBALDI EN CASTRO GIOVANNI.

J. W. Wood



tulacion, cuyas condiciones honrosas no borrarán sin embargo la impresion profunda que un hecho semejante está destinado á producir en Europa.

El armisticio fué primeramente solicitado por el almirante de la escuadra napolitana, cerca del almirante inglés. Garibaldi accedió á él desde luego, porque su posicion era sumamente critica, y porque además entra en sus ideas no exasperar á las tropas napolitanas. Sin embargo, doce horas despues de haberse iniciado estas gestiones, el bombardeo de la ciudad por parte del castillo seguia todavía, y entrando de refuerzo en la poblacion una columna napolitana al mismo tiempo que otras tropas desembarcaban en la playa, llegaron á amenazar seriamente la posicion de Garibaldi. Un acto de arrojo por parte de este caudillo salvó entonces su causa, cuando mas comprometida se creia á los ojos del mismo comité siciliano, convertido hoy en gobierno provisional. Las tropas napolitanas fueron de nuevo rechazadas, y entonces el general Lanza, viendo el peligro de que unos cinco mil hombres desprendidos de su centro de accion tuvieran que entregarse, privados de viveres y municiones, á los sublevados de la ciudad, escribió directamente al general Garibaldi, proponiéndole una entrevista para firmar una capitulacion. Esta se ha realizado ya en todas sus partes, inclusa la evacuacion de los fuertes de Palermo, donde se habian refugiado las



LOS MUCHACHOS DE PALERMO ANTES DE LA ENTRADA DE GARIBALDI.

tropas reales, que se está efectuando actualmente. La historia de este gran resultado se halla reasumida en una curiosísima correspondencia de Palermo, de la que tomamos los siguientes párrafos:

« A consecuencia del combate del 27, dice esta correspondencia, combate en que Garibaldi á la cabeza de sus cazadores tomó á la bayoneta el puesto que defendia la puer a de San Antonino y penetró hasta el centro de la ciudad, las tropas reales abandonando el cuartel de San Antonino, la plaza central de los Cuatro Cantones y la puerta Macqueda, fueron á concentrarse en el cuartel general.

Formaron así una línea que se extendia desde San Francisco de Paul hasta los cuarteles de los Cuatro Vientos situados delante de la prision de Estado. Por la noche esta línea fué rota, y el general Lanza, obligado á retirarse hácia el Palacio real, al Sur de la ciudad, se encontró separado de la ciudadela por toda la ciudad insurreccionada. Tal era la situacion de las tropas el 28 por la mañana.

Durante este dia las tropas evacuan las cárceles, los cuarteles de los Cuatro Vientos y fueron á refugiarse á la extremidad del muelle, pidiendo á gritos el embarque.

Por la noche un nutrido fuego de fusilería se dirigió contra el Palacio real por los insurrectos, que lograron introducirse en el palacio del arzobispado, y obligaron á las tropas á abandonar el palacio de la Hacienda y e hospi-



LA RADA DE PALERMO Y EL MONTE PELLEGRINO, vista tomada de Bagaria, villa del principe Butera.

talito donde se habían refugiado. Numerosas turbas de paisanos y de montañeses armados hostigaban sin descanso á las tropas reales, que abandonaron al fin las alturas de Monreale y acamparon entre los Capuchinos y el pueblo de Oliverzo, imposibilitados así de ir á socorrer al general Lanza bloqueado en el Palacio real.

29 por la mañana. — Las tropas continúan sosteniéndose en el palacio y la ciudadela, mientras que Garibaldi instalado en la casa de Ayuntamiento toma varias disposiciones para continuar la lucha, decretando la formación de una guardia nacional y abriendo una suscripción para los gastos de guerra. Además publica un decreto para que los culpables de robo, asesinato y saqueo sean juzgados por un consejo de guerra y pasados por las armas.

Otro decreto prohíbe recorrer las calles con armas sin estar bajo la dirección de un jefe. El doctor Vicente Macalessa es nombrado comisario de la provincia de Girgenti. Llega una carta de esta población anunciando que las tropas que la ocupaban habían fraternizado con los insurgentes.

Los de Palermo se apoderan de cuatro cañones, entre ellos uno de á doce, abandonados por las tropas en el patio de la cárcel.

Los cinco vapores que habían partido el 28 para la bahía de Termini vuelven á Palermo sin haber podido desembarcar los mil hombres que conducían y que se encierran en la ciudadela. Durante la tarde estas fuerzas hacen una tentativa inútil para socorrer al general Lanza.

Por la mañana llegaron á la vista de la ciudad algunas hermanas de San Vicente de Paul para cuidar de los heridos; pero no pudiendo entrar en ella, se vuelven á Nápoles, en el aviso de vapor francés *la Monette*. A las nueve de la noche renueva el fuego la ciudadela y estalla un inmenso incendio en las inmediaciones de la plaza de Santo Domingo. Se calcula en 3,000 el número de bombas arrojadas sobre la población desde las seis de la mañana del 27. Mas de cien personas son muertas en las calles, hallándose destruidas casi todas las tiendas.

30 de mayo. — Una proclama de Garibaldi llama á todos los sicilianos á las armas. A las dos de la tarde, un coche en el que se iza una bandera blanca llega al embarcadero de la Cuarentena, del cual se apean el general Letizia y el brigadier Christiano, delegados por el general Lanza, y acompañados por Garibaldi se dirigen á bordo del buque inglés *Annibal*, donde se hallan el almirante Mundy, el comandante del *Vauban* y el de la fragata americana *Troguais*.

El general Letizia manifiesta que está encargado de pedir un armisticio y proponer las siguientes condiciones: conservación de las posiciones respectivas; facultad de socorrer á los heridos y trasportarlos á bordo de los buques, aprovisionar de víveres el Hospicio de los pobres, y por último que la municipalidad dirija al comisario real una súplica solicitando una concesión de las reformas y de las instituciones que necesita el país.

Este último punto es rechazado por Garibaldi, y por consiguiente los negociadores se separan. Durante el armisticio, el ejército real traslada los heridos que tenía en la ciudadela á los buques estacionados en la rada. Continúan en la población los preparativos de defensa, las calles están llenas de barricadas, todos los hombres empuñan un arma, y muchos sacerdotes subidos en las barricadas excitan el valor del pueblo.

El 31 á medio día aun no se habían renovado las hostilidades, y circulaba el rumor de haberse acordado una tregua que concluía el 3 de junio. »

Afortunadamente no volvieron á romperse las hostilidades.

Posesionado ya de Palermo, Garibaldi ha publicado muchos decretos administrativos, creado un nuevo ayuntamiento y un ministerio que se compone del baron Pesano, Orsini, Crispi, Andolina y Coligni. Se asegura que Garibaldi halló 24 millones de francos en las cajas del Tesoro.

— Damos un dibujo del campamento cerca de Castro-Giovanni, una ciudad de 12,000 almas que es el punto de union del camino de Palermo y del de Messina. Los voluntarios están dormidos bajo sus tiendas, y es seguramente de extrañar, no que Garibaldi se haya lanzado á la conquista de la Sicilia con unos mil soldados, sino que al salir de Génova pensara en llevar objetos de campamento; esta precaucion no está en sus costumbres, ni en las de esos cazadores de los Alpes á quienes ha enseñado la guerra de montañas. X.

### Dominación española en Italia.

DISCURSO LEIDO ANTE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EN LA RECEPCION PÚBLICA DE DON ANTONIO GANOVAS DEL CASTILLO, EL DÍA 20 DE MAYO DE 1860.

#### I.

Señores: Si al ocupar un puesto en este recinto se sienten poseídos de gratitud los que le alcanzan por galardón de sus merecimientos, fácil es comprender la del que sabe como yo que todo lo debe á la indulgencia. Porque no abre hoy la Academia, como suele, sus puertas á un hombre encanecido en el manejo de los negocios públicos, que traiga un tesoro mas de experiencia á su seno, ó bien á un erudito insigne que pueda acrecentar con el fruto de sus investigaciones la-

boriosas los ricos conocimientos que ella posee, ó bien á un escritor de probada crítica y estilo, por quien hayan de alcanzar ó luz ó gloria los anales patrios. En mí las abre solo á un arriego de la historia, que ha dedicado á su estudio todos los ocios pasados, y anhela por destinar al propio objeto los días serenos que le conceda el porvenir. Tan corto título ofrezco á la indulgencia de la Academia; y si hubiera de cotejarlo con otros, y singularmente con los que poseían los claros varones que en este propio lugar me han precedido, en verdad que la modestia podría apagar el discurso en mis labios.

Mi intento es presentar á la Academia, en cumplimiento de sus estatutos, algunas observaciones acerca de un período de historia; y he elegido para cumplirlo la dominación de los españoles en Italia. No desconozco que este tema, sobre ser mas vasto que conviene á un discurso, trae en sí dificultades de varia naturaleza en los momentos presentes. Pero ¿no es cierto en cambio que los que han ojeado con amor las páginas de la historia nacional se sienten movidos por el espectáculo de las cosas actuales á recordar los tiempos en que disponian de la suerte de Italia nuestros antepasados? Si; lo es, señores. Por mas que busque inútilmente el viajero en las iglesias de Milan el epitafio de Antonio de Leiva, no ha mucho despedazado en unas ruinas; por mas que el templo que fué tienda y cárcel de Francisco I, en los llanos floridos de Pavía, desapareciera meses atrás de la tierra, como si no recordase gloria alguna ni alguna lección de la Providencia á los hombres; por mas que Cerdeña nos olvide, y los hijos de Nápoles y Sicilia desdeñen tal vez la hermandad gloriosa que con los nuestros tuvieron sus padres, no hay duda que los frutos del dominio español se tocan aun en Italia.

Y por lo mismo que en ella se están borrando los antiguos límites y se conculcan ahora los anteriores principios, se pierden los derechos heredados y se olvidan los intereses adquiridos; al observar cómo desaparecen las últimas consecuencias materiales de nuestras victorias; al ver surgir nuevas cuestiones universales en aquel suelo, aunque no tan árduas como las que tuvo que ventilar nuestra política en otros siglos; al contemplar, en suma, los hombres y las cosas que allí se agitan al presente, saltan en tropel á la memoria las ricas reminiscencias de nuestros anales, y nos domina, sin querer, el deseo de comparar en silencio aquellos con estos sucesos, las obras de nuestros antepasados con las de los extranjeros que predominan actualmente en Italia, y nuestras cosas y nuestros hombres de entonces con las que excitan y los que excitan hoy día la pública atención en el mundo. Este estado de ánimo ha engendrado en mí la idea de escribir las presentes observaciones, de las cuales deducirá cada cual las consecuencias que estime legítimas; mas ellas no han de favorecer premeditadamente las aspiraciones de esta ó de aquella escuela, de una ó de otra parcialidad militante, que yo sé, señores, que se profana el santuario de la historia levantando en él la voz de las pasiones actuales, y no faltaré en este punto á lo que deba á una corporación, cuyos privilegios he de custodiar como propios en lo sucesivo.

No toca á Castilla el honor de haber iniciado nuestra dominación en Italia. Reinando Don Alfonso el Sabio fué á Lombardia una hueste castellana en defensa de las pretensiones que allí sustentaba el marqués de Monferrato, su yerno; y en tiempo de Don Pedro el Cruel un arzobispo toledano, al frente de algunos prelados y clérigos españoles, reconquistó á los papas las Legaciones y el patrimonio de san Pedro. Pero ni tales hechos ni otros particulares de príncipes y campeones castellanos bastan seguramente para que pueda disputarse á Aragon la iniciativa en este punto. — Rendida Murcia al rey Santo, y asegurada luego á la corona de Castilla, tanto por los tratados como por los auxilios generosos del conquistador Don Jaime, dejó Aragon de tener frontera de moros y sitios donde ejercitar el esfuerzo de sus infanzones y la valerosa rapacidad de sus almogabares turbulentos. Ya el propio Don Jaime había vuelto sus armas á la mar, y conquistado las Baleares para su casa, cuando quiso la suerte que le sucediera en el trono aragonés su hijo Don Pedro, tercero de los de su nombre. Paso este los ojos con patrio instinto en el Africa; pero cuando mas confiado estaba en ensanchar por ella sus estados, grandes é impensados acontecimientos le sacaron de allí, llevándole como por la mano á las costas de Italia. Mal juzgados corren, aunque por demás conocidos, aquellos sucesos que en la primavera de 1282 ensangrentaron la Sicilia.

Lo cierto es que Carlos de Anjou, hermano de san Luis, á quien el papa Urbano IV, francés, había hecho donación de aquel reino, que contaba por suyo la Iglesia, no obstante que él tenía príncipes propios, muertos los últimos de estos, Manfredo y Coradino, y vencedor en guerra, entregó la isla á la rapacidad comun entonces de los barones y soldados que seguían sus banderas; y que ellos abusaron de tal suerte del triunfo, que no pudiendo sufrirlo los sicilianos, se alzaron en armas un día, y los exterminaron, constituyéndose en república independiente. No dejaba de tener Don Pedro derechos que alegar á la corona de Sicilia por su mujer Doña Constanza, hija del vencido rey Manfredo, ni tal vez le faltaban deseos ni esperanzas de hacerlos valer; mas no consta que hubiese conjuración ni verdaderas *visperas* en Sicilia; ni menos que el monarca aragonés estuviese de acuerdo con los naturales para apoderarse de la isla. Solo despues de cinco meses de república los sicilianos, fieramente acometidos por Carlos de Anjou, y en la precisión de buscar un señor que les

defendiese, aclamaron por tal á Don Pedro. No tardó este en arribar á la isla con su hueste, en la cual se señalaban como solian por su fealdad y esfuerzo los almogabares; y empeñada la guerra, fué larga y sangrienta, y terminó con el establecimiento de la casa de Aragon en Sicilia. Vióse á Don Pedro, excomulgado y combatido á un tiempo por el papa, por Carlos de Anjou, por los reyes de Francia y de Navarra, y hasta por su propio hermano el de Mallorca, triunfar de todos ellos y ganar justamente el dictado de Grande, que le dieron los historiadores contemporáneos, mientras el Dante lo señalaba en sus versos por dechado de bravos á Italia.

De Roger de Lauria, su general de la mar á quien no podemos olvidar en este punto, sería inútil encarecer las hazañas que andan en lenguas del mundo. Conocióda es principalmente la cándida relacion de Ramón de Muntaner, testigo y actor en aquellos sucesos; y el noble orgullo de raza henchirá siempre los corazones españoles al repasar sus toscas páginas. Bernardo Desclot, fray Gauberto Fabricio de Vagad, Corbera, y mas tarde Zurita, Moncada y Quintana, han retratado tambien con inmortales colores la expedición de Don Pedro á Sicilia; y nada ganaría su fama, aunque fuese esta ocasión de dedicar á celebrarla mi pluma. Lo que importa recordar es que á la muerte de este príncipe quedó ya iniciada la dominación española en una parte aislada, pero considerable, de Italia; y que desde entonces no abandonaron mas aquella region ni nuestras armas ni nuestra política. En vano Don Alonso, sucesor de Don Pedro, quebrantado por el entredicho en que el papa tenía su reino y por los clamores de sus súbditos, mal acostumbrados aun á lejanas conquistas, se avino á ejecutar unas paces por las cuales se obligaba á desamparar la Sicilia. De una parte, en cambio de esta isla dió el papa á Aragon la investidura de Cerdeña para cuando se conquistase; de otra, murió Don Alonso antes que pudieran ejecutarse aquellos tratos; y aunque su heredero Don Jaime quiso cumplirlos, no fué posible que tuviesen efecto alguno.

Protestaron los sicilianos con aquellas graves palabras que escribe Zurita en el libro 5º de sus *Anales*, guía la mas segura que haya de la historia en aquellos tiempos, lo mismo en nuestra nacion que en Italia: « ¿Qué nos prestan, decían, tantas victorias alcanzadas de nuestros enemigos por mar y tierra, con grande alabanza de la nacion catalana y nuestra, si tras todos estos sucesos habíamos de llamar á los franceses, gente soberbia y cruel, para ponerlos en nuestras casas en la posesion primera de sus abominaciones y torpezas? » Así Zurita; y cierto que no representa en mas blandos términos sus quejas el discreto Tomás Fazello en sus *Décadas de Sicilia*. Ni debieron ser exageradas cuando enternecieron sus embajadores á las Cortes catalanas, y se conmovió al rumor Sicilia entera; y caballero hubo como don Blasco de Alagon, hermano de armas del muerto rey Don Pedro, que abandonó el reino, y pasó ocultamente á Sicilia con el fin de pelear por su cuenta con los franceses, y mantener aquella corona, á pesar del mismo Don Jaime, en la casa aragonesa. Alzaronse de nuevo los sicilianos; y alentados por la viuda de Pedro el Grande, Doña Constanza, que residía en la isla, proclamaron rey al infante Don Fadrique, con lo cual siguió la guerra.

Pudo tanto la lealtad en Don Jaime, que por defender sus pactos tomó el partido de los franceses; almogabares pelearon entonces con almogabares en los montes de Sicilia, y unos con otros midieron las espadas los viejos caballeros de Don Pedro, mientras los peces de la mar, á quienes Rogier de Lauria pretendía imponer arrogantemente las armas aragonesas, devoraban vencidos por él á muchos de sus antiguos camaradas sicilianos y aragoneses. Nada alcanzó á impedir, no obstante, el triunfo de la casa de Aragon en Sicilia, y los fieles almogabares dieron, asegurada la corona en Don Fadrique, remate digno á su gloria con aquella expedición de Oriente que hizo tan famoso el nombre de aragoneses y catalanes, y de su *Gran compañía*.

No parece pues al considerar las cosas que acabo de bosquejar brevemente sino que una fuerza oculta é irresistible encadena el brazo de España á las costas italianas. Todo conspira á alejarnos de ellas: nuestros intereses en Africa, la cólera del papa, por primera vez desencadenada contra nuestros pueblos, la voluntad de nuestros reyes; y á pesar de todo crece allí, señores, nuestra intervencion cada día. Porque al fin, el reino de Aragon no había extendido aun sus límites mas allá del continente, dado que las Baleares y Sicilia, conquistadas por sus armas, y ora ganadas, ora cedidas, ora recobradas de nuevo, eran independientes aunque regidas por dos ramas de la familia real aragonesa; pero no acabó el siglo XIII sin que emprendiese Aragon una conquista duradera.

Hablo de Cerdeña, que donada por el papa al rey Don Alonso, aunque á la sazón ocupada por los pisanos, ricos mercaderes y marinos belicosos, rivales de los catalanes y genoveses en la mar, y de los florentinos por tierra, fué conquistada, no sin algunos años de guerra, por el príncipe Don Alonso, heredero del trono de Don Jaime, y cuarto despues de su nombre. Así, por ceder la Sicilia, que se conservó al cabo en príncipes españoles, adquirimos los derechos que nos dieron la Cerdeña para tantos siglos; y apenas comenzado el décimoquinto, se agregó definitivamente á Aragon Sicilia misma, reinando Don Martin de Aragon, que la heredó de un hijo suyo del propio nombre, muerto en edad temprana, y casado con María, último vástago de la rama de Don Fadrique y de los reyes particulares de la isla,

Con esto y la recuperacion de Mallorca quedó de todo punto constituida la gran monarquía aragonesa, señora de las islas del Mediterráneo y del mar mismo, que hizo luego á Don Alfonso el V tan poderoso en Italia.

En sus costas se hallaba precisamente este príncipe cuando de improviso fué llamado por la reina Juana II de Nápoles, que llevada de la fama de los aragoneses le eligió para campeón, declarándole hijo adoptivo. Harto sabido es que despues de sostener largas guerras, no sin varia fortuna, movidas unas por las veleidades de la reina, suscitadas otras por la ambición de Don Alonso, logró este al cabo asegurarse en Nápoles, donde estableció su córte enamorado del clima, de la belleza de la mar y de los campos, de las artes que se cultivaban, de las letras que allí florecian.

Pues con él, no solo pasó de las islas al continente de Italia la dominación española, sino que subió al último punto el crédito de nuestras armas y de nuestro gobierno en aquella península, libre hasta entonces de permanente señorío extranjero. « No trató Alfonso á Nápoles, dice el famoso Pedro Giannone, como país extraño, ni lo reputó por provincia de Aragon, sino que lo tuvo por reino propio y nacional, llegando hasta erigir en él un tribunal eminentemente de apelacion para todos sus estados. » Y á la verdad, las intrigas, las guerras, los propósitos de aquel rey fueron solo italianos en adelante. Príncipe belicoso y letrado á un tiempo, amigo del esplendor y la alegría que mereció, no obstante, de Maquiavelo, el dictado de Prudente; su nombre fué celebrado en aquel siglo, y de seguro, ninguno de los príncipes de su edad le igualó en virtudes. Tambien él quiso separar para siempre los reinos de Aragon y de Nápoles, dando este en herencia á un hijo bastardo que tenia, y aquel á su hermano Don Juan de Navarra, padre de Don Fernando el Católico; y fué no menos vano que el de otros su propósito, porque precisamente estaba ya vecino el tiempo en que la union de las dos penínsulas habia de producir sus providenciales frutos.

Es el movimiento del género humano semejante al de la tierra en su órbita y en su eje, que no se siente. De todos los hechos cumplidos ó que á nuestra vista se van cumpliendo, forma de tiempo en tiempo la historia síntesis inmensas, que son luego espíritu y ley de épocas señaladas, y ningún pueblo, y mucho menos individuo alguno, acierta á comprenderlas de antemano en su conjunto, ni á determinar sus fórmulas concretas. Y es que son ellas obra sucesiva del tiempo, fruto de la labor comun del género humano, premio debido, no á una, sino á muchas generaciones de inteligencias individuales. A veces una síntesis está vecina; parece luego como que hubiera podido tocarse con las manos su fórmula, y nadie la ve entonces sin embargo, y todo lo mas que hace el genio es presentirla ó entreverla sin alcanzar á descifrarla en lo presente, usurpando al porvenir sus secretos y sus destinos.

¿Quién habia de imaginar, por ejemplo, en el primer tercio del siglo XV, que el corto espacio de cien años bastaria para deshacer las mas de las instituciones que habia labrado lentamente la edad media, removiendo todo lo pasado en el órden religioso como en el órden político, en la milicia, en las artes, en el derecho y en el estado social? Nadie pensó en ello, sin duda. Pero la revolucion sobrevino al fin, y el género humano, sometido á duras pruebas presentes, sintió al propio tiempo la necesidad de retener todo lo que habia de sustancial en su vida pasada, impulsos contrapuestos que lo han dominado siempre en las grandes crisis de la historia.

De aquí la necesidad providencial de que detrás de Grecia y Roma, de Carlo Magno y Gregorio VII hubiese otro poder que litigase por la tradicion contra la novedad, por lo pasado contra el exclusivismo de lo futuro, impidiendo que, rotos todos los diques antiguos, la civilización desencadenada asolase los campos, que á manera de rio copioso debia fecundizar con sus riegos, y abatiese de una vez los bosques seculares que habian formado su raudal atrayendo á ella la lluvia benéfica del cielo. ¿Necesitaré ahora detenerme mucho para declarar en el seno de esta Academia que, en mi concepto, el pontificado romano encerraba entonces en su constitucion todo el espíritu de la edad media que concluia, y que á mi juicio, eran indispensables tambien sus dogmas á los progresos de las edades modernas? No por cierto. Cuando se reconocen leyes generales en la historia, hay que admitir seguramente algun fin á la peregrinacion del género humano sobre la tierra; y yo soy, señores, de los que creen que á este fin no es posible llegar sin la fe y las verdades católicas. Pero no es en esta Academia donde semejante opinion ha de hallar contradictores.

Otra ocasion y otro lugar serian menester para que me creyese obligado á demostrar que si es cierto que la historia se encamina notoriamente á la realizacion del derecho humano en el porvenir, ni es ni puede ser este derecho mas que la capacidad y la independencia exterior necesarias al individuo para profesar y practicar, segun su conciencia libre, los preceptos morales, y que estos preceptos los custodia ya con eternas fórmulas el catolicismo en el arca santa de su inalterable doctrina. Básteme pues dejar sentado de qué premisas deduzco yo que en el siglo XVI era necesario mantener segura la existencia del pontificado en el mundo, salvándole de las asechanzas peligrosas de los principios fundamentales y fecundos que habia él mismo inoculado en las ciencias y en las sociedades humanas, y de la última ola de la barbarie que desde el Ponto-Euxino acababa de levantarse sobre la Europa, no lejos del Cáucaso y de la laguna Meótides, de donde partió la

inundacion general del cuarto siglo. Básteme observar á mas de esto, reanudando el hilo de mi discurso, que para tanta empresa bien era menester que fuese mano robusta y vencedora la que recogiese de Italia la espada de la Iglesia mal segura aun en las airadas manos de Julio II, y que tal fué el destino de España.

De una parte todo brindaba á España á cumplirlo, porque hacia tiempo que Italia sabia respetar vuestras armas; el pontificado conocia tambien por experiencia que era el valor español afortunado en sus tierras; nuestro gobierno habia sido el mas justo que hasta entonces conocieran aquellos pueblos turbulentos, y Cerdeña, Nápoles y Sicilia con su amor y lealtad lo proclamaban así de consuno; y por último, siendo obediente á la Iglesia, como lo era al comenzar el siglo XVI toda la Europa cristiana, los monarcas castellanos merecian por excepcion, no obstante, el dictado de *Católicos*.

De otra parte, los italianos estaban á la sazón embriagados en las dulzuras del renacimiento, y entregados por entero al desarrollo de aquel arte maravilloso de la pintura, que comenzaba á trocar la candorosa simplicidad de expresion de las composiciones cristianas del Giotto por la imitacion de los grupos paganos con que adornó ya Ghiberti las puertas del bautisterio de Florencia; á la trasformacion de la arquitectura, que despues de haber levantado los arcos ojivales de Milan y las cúpulas bizantinas de San Marcos, debia seguir en adelante los ejemplos clásicos del Pantheon y del templo de la Fortuna, mas ó menos modificados por el genio de Bramante y de sus discípulos; á la recopilacion, en fin, de las letras clásicas fugitivas del Helleponto, y bien pronto multiplicadas por las prensas aldinas, mientras resplandecia como nunca el ingenio italiano en las oscuras pero trascendentales páginas que meditaba ya Maquiavelo, en las graves aunque frias narraciones que ya disponia Guicciardini, en los versos dulcísimos de sus poetas, solos rivales de los del mundo antiguo. Era en suma en Italia época aquella de inteligencia, de placer, de riqueza.

El territorio de la península, aunque se hallaba repartido en muchas soberanías, todas eran independientes de yugo extraño, porque solo en las islas ondeaban, como sabemos, los blasones de España; y ni era de deplorar la decadencia de las repúblicas entonces, al ver decaidos con ellas los bandos municipales que las asolaban, ni hacian falta al parecer los guerreros, supuesto que con la paz religiosa de largo tiempo asegurada, güelfos y ghibelinos habian perdido la ocasion constante de sus contiendas. Vióse entonces por no criar tiranos las repúblicas y por no educar rebeldes los príncipes, caer allí en desuso la profesion de las armas; y los últimos de los *Condottieri*, convertidos en señores vasallos, ajustaron en adelante sus deseos á conservar lo adquirido, alejando de sí y de sus súbditos todo propósito belicoso. Pero en medio de tantas felicidades externas una cosa padecia, que era el sentimiento moral italiano; y padecia, no solo en las repúblicas y pequeñas soberanías de la península, que iban perdiendo de hora en hora el valor, el patriotismo, las virtudes necesarias para conservar su existencia, sino lo que era mas doloroso, en la sede misma de los pontífices romanos.

Español era precisamente el papa que la ocupaba al comenzar el siglo XVI; llevaba el glorioso apellido de nuestros Borjas; merecia ser soberano por sus grandes pensamientos y por su firmeza indomable; pero sacerdote y papa no merecia serlo por sus vicios unánimemente reconocidos; hoy aun se miran sus restos escondidos en pobre caja y en un desvan de la iglesia de los españoles en Roma, porque tal vez no los juzga dignos de sus bóvedas San Pedro. Y sin embargo, sus sucesores inmediatos no fueron como papas mucho mejores que él mismo. Llegó el caso de que todos los príncipes de la cristiandad protestaron mas ó menos contra sus exacciones, y de que los escritores mas piadosos reprehendieran públicamente sus vicios, y hubo un punto en que Roma encerró á la par con sus grandes principios los ejemplos de todas las disoluciones humanas: causas no suficientes para arruinar á la Iglesia, pero sobradas para producir por sí solas una catástrofe, una revolucion, una *reforma*. Claro está que en tales condiciones no podia el pontificado salvarse por su propia virtud al llegar la gran crisis del siglo XVI, y era preciso salvarlo: claro es tambien que no podia Italia en semejantes circunstancias custodiar ya sola la grande institucion en que descansaba el porvenir de la civilizacion humana.

Porque no se trataba entonces por cierto de la extension que habia de tener el poder temporal de los papas; no de buscar en sus estados la constitucion mas apropiada á los derechos del jefe de todos los católicos y á los deberes conjuntos del monarca de algunos de ellos; no negaba aun la costumbre al sacerdote la capacidad para gobernar á los seglares; no echaron de menos los súbditos en el rey pontífice los hábitos y las pasiones del hombre destinado á regir hombres con pasiones y hábitos semejantes; no habia clase media seglar que reclamase una parte del poder público; ni instituciones políticas que no pudiera apropiarse ó imitar el pontificado; ni espíritu nacional italiano, si no era en algunos versos oscuros de los poetas de otro tiempo. La cuestion era por lo mismo mas grande, mas perentoria, de mas universal interés entonces que nunca. ¿Ha de existir ó no el papado? ¿Debe ó no conservar el mundo en pié la cátedra de San Pedro? Hé aquí el temeroso problema del siglo XVI: hé aquí la cuestion en que fueron llamados á intervenir nuestros padres.

Por un momento pareció que los descendientes de san Luis iban á tomar sobre sí la empresa, cuando arastrado por la ambicion constante de sus abuelos y de

sus nietos, Carlos VIII descendió de los Alpes. Milan, Florencia, Roma y Nápoles, sorprendidas por los caballeros franceses en medio de sus magníficas disoluciones, no pudieron oponer resistencia: Venecia misma tembló, y las esperanzas de Italia se redujeron entonces á la sospecha fundada de que los Reyes Católicos no abandonarían ni los derechos de su casa ni sus intereses de príncipes italianos á la temida *furia francesa*. ¡Qué ocasion en verdad para los Reyes Católicos, que desde las torres de la Alhambra buscaban ya por el mundo enemigos dignos de su nacion y de su gloria! El son de los clarines franceses fué la chispa que encendió la hoguera preparada en las dos penínsulas por el tiempo; y en pos de Carlos VIII llegaron á las riberas de Nápoles, para no separarse de ellas en dos siglos, las galeras de España que trasportaban á Gonzalo de Córdoba y sus soldados. No me detendré á referir las particularidades de aquella ni de otra alguna guerra.

Mi objeto se cumple con recordar que Fernando el Católico, de auxiliar al rey de Nápoles, deudo suyo, pero de rama bastarda, y en su concepto de dudoso derecho al reino, se convirtió en aliado de los franceses para partirlo con ellos primero, y hacerse al cabo señor absoluto, gracias á las hábiles campañas del que, por distinguirlo de todos, llamaron en Italia *il gran Capitano*. De este modo, á la muerte de aquel rey, una de las mejores porciones del continente italiano se miraba ya agregada á nuestro imperio; Venecia, la única potencia capaz de resistir en Italia, tras una hermosa lucha, quedaba por el propio tiempo debilitada y vencida; nuestros soldados, peleando á sueldo de todos los príncipes y de todos los señores italianos, cuando no bajo sus propias banderas, se habian hecho árbitros ya de los negocios de Italia; y á la fama de las riquezas y honores allí adquiridos, los pueblos españoles, no solo olvidaron la repugnancia antigua, sino que se declararon manifiestamente en favor de aquellas expediciones extranjeras. Fué inútil que los enojos del viejo rey dieran sucesora en su lecho á la inmortal reina Católica, porque no tuvo él hijos del nuevo matrimonio, y permaneció constituida como estaba, y como era providencial que estuviese la monarquía.

No era posible, y harto se ve en sucesos tan varios, contrarestar nuestro destino. Y sin embargo, un fraile insignificante pretendió todavía preparar en su niñez á Carlos V empresas mas adecuadas á sus intereses inmediatos; pero ni el ejemplo de Orán, ni los consejos políticos del buen Cisneros alcanzaron fruto alguno. Lejos de eso, la Providencia, coronando su obra, unió en Carlos las pretensiones y los intereses de España y del antiguo imperio romano; y coaligado desde el primer momento el papa Leon X con el nuevo emperador, los españoles, secundados por los soldados pontificios, se apoderaron de Milan, donde esperaron á que definitivamente se agregase la Lombardia á las provincias españolas de Italia, como sucedió despues de la muerte del duque de Sforza, no sin obstinada oposicion de los franceses. Por tal manera el dominio español se hizo incontrastable en Italia, poseyendo las provincias del Norte y las del Mediodía, y las islas que, á modo de avanzados centinelas, rodean las costas de aquella península.

Leon X, papa ilustre, que ha logrado dar nombre á su siglo, murió de alegría al saber la ocupacion de Milan por los españoles; y el sentimiento exagerado que manifestó, cualesquiera que fuesen sus inmensas causas, pudiera tambien tomarse por el presentimiento inspirado de que era aquella una verdadera *buena nueva* para el catolicismo. Porque acontecia esto ya á tiempo que, caídos Belgrado y Rodas, los jinetes de Soliman exploraban el camino de Viena, y sus naves amenazaban por las dos mares italianas el patrimonio de San Pedro; á tiempo que Lutero, que habia salido años antes triste y meditabundo de Roma, formulaba sus primeras protestas, é iniciaba el libre exámen que habia de conducirle á una rebelion desencadenada. Poco despues la Germania se levantó á su voz contra Roma, cumpliendo tambien con ello una mision terrible en la historia. « Tal germano, ha dicho á este propósito un incrédulo notable por la brillantez de su estilo, que en el quinto siglo solo quebrantaba fortalezas, habia de tener por descendiente al que con el nombre de Lutero desgarrase las viejas tradiciones. »

Y realmente, lo mismo que para depurar la idea cristiana, mal desenvuelta aun en la Roma gentilicia, Dios arrojó sobre ella á Alarico y Totila para lavar las manchas feudales del catolicismo y preparar los grandes tiempos futuros de su doctrina; fué tal vez conveniente que esta pasase por el crisol de la dialéctica sediciosa de Lutero, de Zuinglio y de Calvino, y que sintiese de cerca el fragor de la terrible artillería otomana. Pero la extraña revolucion política del siglo IV pudo al fin refrenarse con el poder de las ideas cristianas, y la violenta rebelion religiosa del siglo XVI no era posible contenerla de otro modo que con la fuerza: así la Providencia dió á cada una de estas crisis históricas una solucion diferente, y luego se vió que si un papa santo habia detenido con sus canas la marcha de Atila sobre Roma para alejar de la ciudad eterna los sectarios de Lutero, apenas era bastante Carlos V.

Tráen por lo comun las grandes causas hombres grandes que las sustenten, y nadie niega hoy este título al nieto de Isabel la Católica. Ya los franceses con noble imparcialidad reconocen que, con mas razon que su rival Francisco, merecia el dictado de rey caballero; y es indudable que ningún emperador, desde Carlo-Magno, habia reunido tan altas prendas, y ningún monarca moderno, hasta el primer Bonaparte, ha influido como él en su siglo. Pero Carlos era mas sincero en sus opi-

niones, y conocia mejor su destino que los otros; y así es que su influjo no se encerró con él en el claustro, sino que se prolongó en sus sucesores, dominando á una época entera en la historia, y á una dinastía completa en España.

(Se continuará.)

### Los baños de Biarritz.

Biarriz, á siete kilómetros de Bayona, es una aldea marítima que tiene bastante importancia por su especialidad termal, aunque su población no sea considerable, pues en efecto apenas pasa de 2,000 almas. Se encuentra sobre unos bancos de rocas que alcanzan á cuarenta metros sobre el nivel del mar. La sinuosidad muy profunda que describe la costa en ese punto llama allí á las olas y la marea, que suben muy alto en ese sitio, y que impelidas por los vientos del Norte y del Oeste, se rompen contra los escollos con un estrépito prodigioso; pero en cambio ese gran combate ofrece la ventaja de provocar y mantener una ligera brisa que refresca esa costa sin plantíos ni verdura. Esa resaca furiosa y continúa ha ido practicando con el tiempo en la roca muchas excavaciones, de las cuales la mas vasta presenta un semicírculo de treinta y seis á cuarenta pasos de diámetro, sobre una altura de bóveda de cinco á seis metros, y ha recibido de la tradición el nombre de *Cuarto de amor*. La triste aventura del pastor Ura y la pastora Edera sorprendidos por la marea en esa gruta donde olvidaban los instantes, ha valido á la terrible caverna ese nombre erótico. El mar batiendo el peñasco ha formado otros agujeros que llaman *Baños de amor*. Se diría que este país es una sucursal de Citera. Los *Baños de amor* presentan, como el *Cuarto de amor*, muchos peligros al que se atreve á desafiar los turores de ese terrible golfo de Gascuña, y se cian muchas personas que bañándose han sido víctimas de su imprudencia.

A pesar de estas tñebres historias, la gente acude

siempre; pero es preferible huir de los *Baños de amor* y atenerse á la playa cómoda y exenta de todo peligro del Puerto Viejo, pequeña ensenada provista de todo el material de los baños, y donde hay vigilantes para salvar á los nadadores que se adelanten demasiado. Ahí es donde todo el mundo se baña en confusión, y es un gusto ver llegar de la ciudad en ciertos días de la semana las muchas caravanas de bayoneses deseosos de participar de los placeres de la temporada termal en sus mulas con artolas. Las artolas son los coches de alquiler de Bayona, donde se encuentran en las esquinas de las calles y plazas principales, siendo de advertir que guían estas mulas regularmente mozas de Vizcaya jóvenes y hermosas, lo que aumenta la originalidad de este medio

rama inmenso: por un lado el faro que domina la punta de San Martín de Biarritz, y la embocadura del Adur



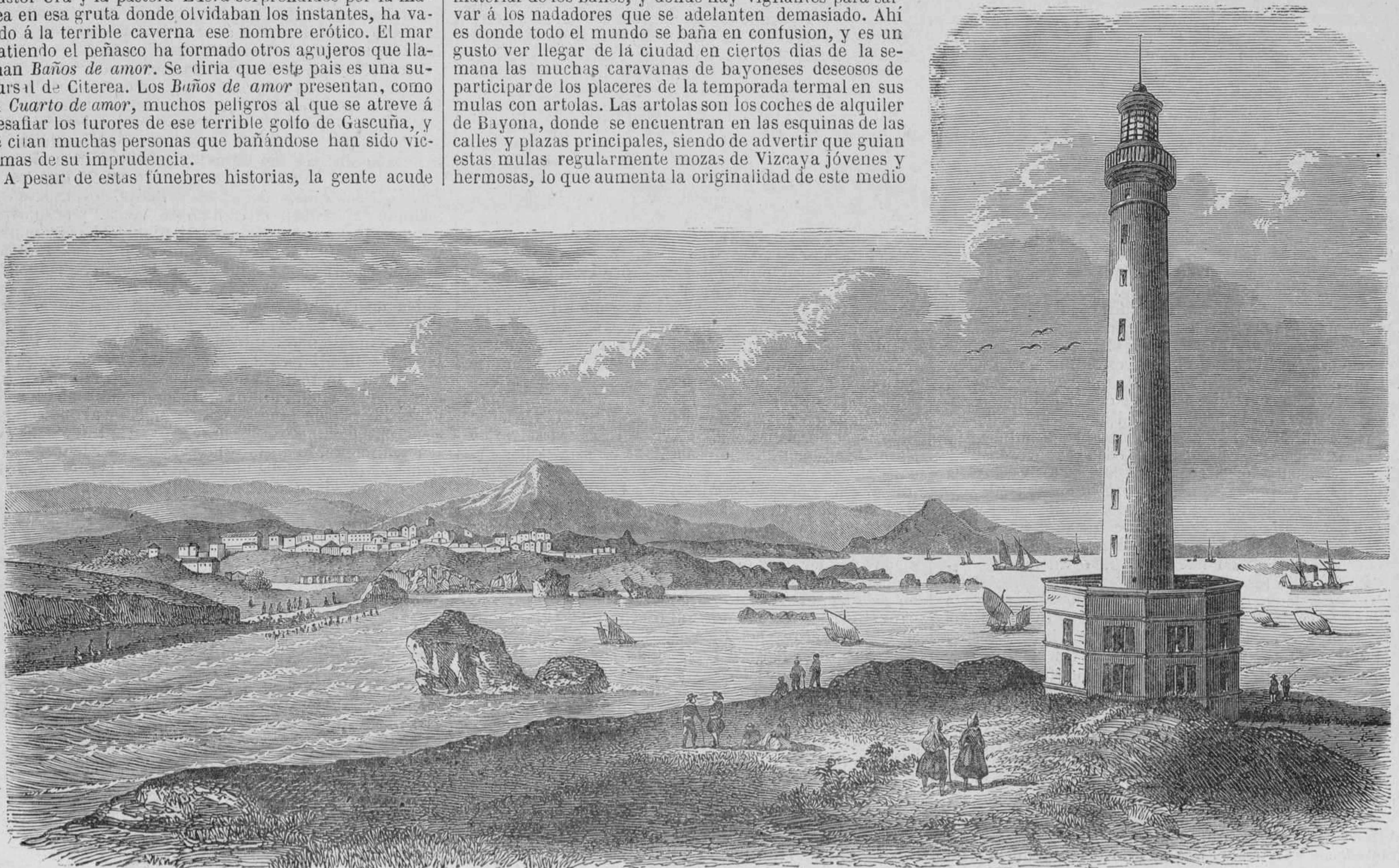
TRAJES DE LAS MUJERES DE BAYONA.

cómodo de locomoción.

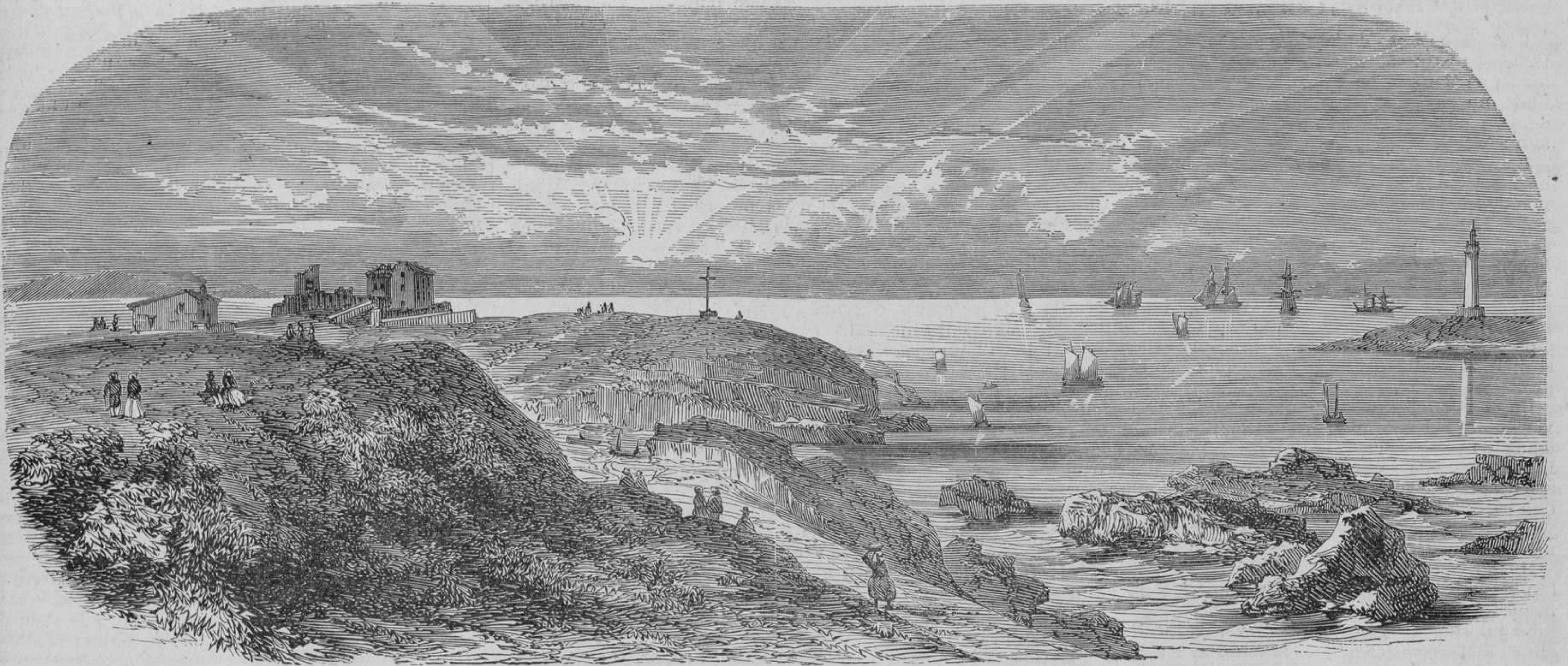
Hace ya años que la playa de Biarritz disfruta de una boga merecida. El establecimiento termal no se ha fijado; pero por lo común se bañan en la ensenada del Puerto Viejo. Allí la arena es suave, las olas están menos agitadas, el sitio es pintoresco, y altas murallas naturales cortadas á pico en la roca protegen ese punto contra los vientos de Este y de Norte. El aire está siempre tibio, y al salir del agua no hay que temer esas transiciones súbitas del calor al frío que en otras partes comprometen á menudo el efecto del baño. Un servicio de vigilancia muy bien organizado tiene el encargo de seguir todos los movimientos de los bañistas, y de socorrerlos al primer asomo de peligro, lo que hace imposible toda desgracia. A la vista de los excelentes nadadores que están constantemente alerta, hasta un niño puede entregarse á las caricias de las olas.

En los flancos de las rocas del Puerto Viejo se han practicado caminos espaciosos y cómodos desde donde la vista domina la aldea, el mar, la playa y la columnata dórica del vasto establecimiento de los baños calientes, atravesado á poca distancia de la principal ensenada termal.

Siguiendo el sendero de la derecha se llega á la Atalaya, desde donde se descubre un pano-



VISTA GENERAL DE BIARRITZ Y DE LAS COSTAS DE ESPAÑA.



BIARRITZ. — LA ATALAYA Y LA ENTRADA DEL PARQUE DE LOS PESCADORES.

sembrada de buques, y la costa del Marencin que se confunde en el horizonte con el mar; por el otro y á la izquierda las dunas de Bidart, la bonita aldea de Gue-thary, cuyas blancas casas están dispuestas en anfiteatro, el Sorva y su torre almenada, Fuenterrabía y toda la costa de España. A los piés se distinguen las olas que se quiebran contra las peñas y se alzan en cascadas; por último, al frente se distingue el vasto Atlántico.

Por el lado opuesto á la Atalaya se extiende una playa soberbia cubierta de una arena fina y suave; es la costa llamada del Molino, punto de cita de los nadadores atrevidos. Allí se empeñan luchas á menudo temerarias contra la ola tempestuosa; pero la administración ha multiplicado sus cuidados y sus precauciones sobre este punto especial para combatir todo peligro; continuamente cruzan de distancia en distancia botes con muchos hombres de tripulación dispuestos á recoger á los bañistas imprudentes que confían demasiado en sus fuerzas. Por lo demás en la costa del Molino se

hallan muchos sitios donde las personas inexpertas en el arte de la natación pueden sumergirse sin correr ningún riesgo.

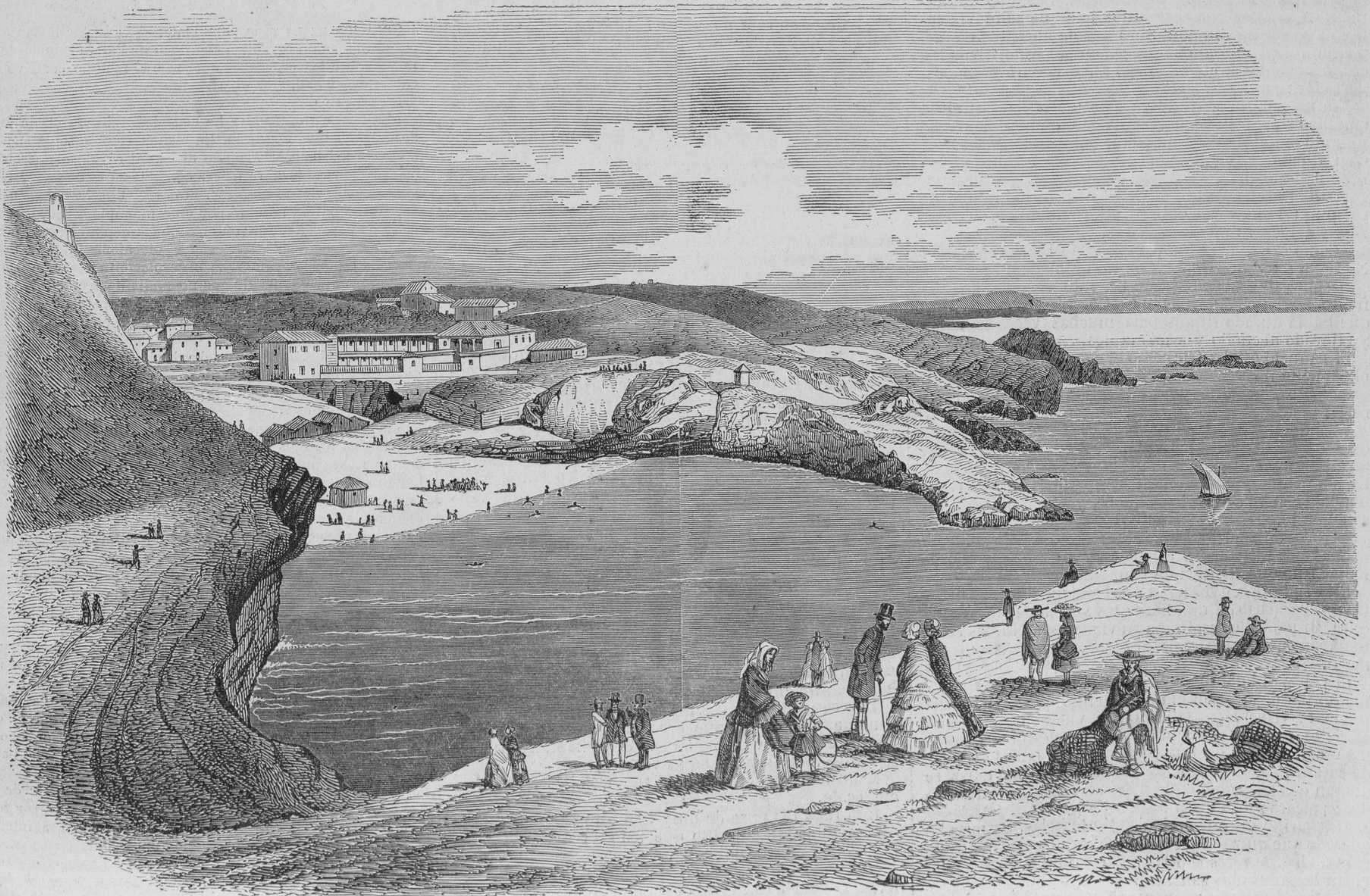
Biarritz en cuanto llega el verano es un congreso cosmopolita de celebridades de todo género; según parece, las ilustraciones sociales están más sujetas que la plebe á los males de la humana naturaleza... *Ferit sublimia fulmen*. Pero lo que da un carácter particular á Biarritz es la reunión, la fusión, digámoslo así, de las nacionalidades francesa y española, con algunas amables *suisses* que se destacan en el cuadro. Sin hablar de los elegantes de los departamentos vecinos y de los parisienses, se encuentran allí el bearnés de ojo vivo y brillante, de fisonomía expresiva é inteligente; el guipuzcoano despierto y ligero, verdadero descendiente de aquellos valerosos cántabros que sostuvieron durante tanto tiempo una guerra á muerte contra las águilas romanas; la catalana, la navarra, y en fin, entre ese enjambre de beldades morenas ó rubias, de ojos azules

ó de ojos negros, la jóven bayonesa sostiene honrosamente su rango, y justifica la nombradía de su raza, donde la fealdad es casi un fenómeno.

Los salones de conversacion ocupan el primer piso de un hotel recién construido en la plaza principal; allí hay periódicos, folletos y publicaciones de todo género.

Aunque la costa de Biarritz es muy árida, lo que está explicado por su composición geológica, no parece que los vientos del Oeste lleven sobre ese punto un obstáculo invencible para el cultivo, como se cree generalmente. Una de las grandes distracciones contemplativas de la vida de Biarritz es, con el espectáculo siempre variado en su aparente monotonía del Océano, el que presentan las flotillas de barquichuelos que van á la pesca ó vuelven. La pintoresca confusión de la llegada y de la marcha ofrece á los artistas y á los aficionados un asunto de observaciones que es inagotable. Después del paseo de la playa se va á dar una vuelta por el baile y el concierto.

F. M.



BIARRITZ. — EL PUERTO VIEJO.

### Un drama en una jaula.

Una noche á eso de las doce estaba yo haciendo que trabajaba para convencerme de que la prolongada ausencia de Mariette no me causaba el menor pesar. La linda muchacha habia salido para comprar una madeja de seda en la tienda de enfrente, y no habia vuelto aun : hacia de esto dos semanas.

Por mas que yo me decia para mis adentros que el hecho en sí nada tenia de extraordinario; que muy á menudo se retardan las personas contra su voluntad; que á cada instante se ven gentes que van á comprar seda y en quince dias no parecen; que Mariette podia haber encontrado en el camino á su tia, y que por complacerla podia haberla acompañado y quedádose con ella, como ya habia sucedido en otras ocasiones que habia permanecido en su casa durante algunos meses; á pesar de estos razonamientos mi alma estaba triste; si bien debo añadir que la noche tampoco estaba alegre.

Un viento del Norte que habia venido á pasar el invierno en Paris, bramaba en las chimeneas de la vecindad, arrastrando consigo tejas y pizarras como la lluvia de otoño se lleva las amarillentas hojas de los árboles. La nieve caia sin cesar, y con tal abundancia que parecia que se iba á oír la trompeta del juicio final, y que Dios queria cubrir la tierra con una inmensa mortaja blanca.

Mucho frio hacia en mi triste vivienda, tanto que la lumbre habria podido helarse; por fortuna mi chimenea estaba apagada.

En mi tristeza yo quise hacer versos inspirados por ideas amargas,—la poesía es la embriaguez de aquellos á quienes no les gusta el vino,— cuando de repente oí en los vidrios helados de mi ventana tres golpecitos firmes y regulares

No soy cobarde, á Dios gracias; pero debo confesar que me estremecí seriamente, y que sin la capucha de mi fez encarnado, se me habrian erizado los cabellos.

¿Quién podia ser el imprudente que hacia visitas á tales horas con aquel tiempo, y que entraba así en las casas por una ventanilla de un sexto piso?

Este modo de obrar me parecia peligroso y de una incalificable confianza.

¿Era un ladrón? No podia yo tener la fatuidad de creerlo.

Un instante pensé que me habia engañado; pero volvieron á resonar los golpecillos discretos; esta vez tuve miedo : siento mucho decirlo, pero lo tuve.

Dominado por las metáforas rebuscadas y absurdas que me habian hecho comparar la nieve á la mortaja de la tierra, comencé á creer que el Angel de la muerte me venia á llamar porque mi hora habia llegado, lo que me fastidiaba mucho, porque no me habria disgustado dar un abrazo á Mariette antes de abandonar el mundo.

Armándome de mucho valor abrí mi ventana, y al pronto nada distinguí. No obstante, mirando atentamente acabé por descubrir un objeto que se movía sobre el borde del canalón. Sin ideas de abrigo una serpiente ú otro animal cualquiera en mi seno, iba ya á cerrar la ventana, cuando llegó á mi oido un grito desgarrador : ¡pi! ¡pi! ¡pi!

Era un pájaro. Si hubiera sido un ratón le habria empujado para que cayera á la calle; si hubiera sido un gato le habria dado de palos; pero un pajarillo!.... Cogí al pobre animalito con precaucion y le instalé sobre mi diccionario.

¡Daba lástima verle y oírle! La nieve habia mojado sus plumas que ya no cubrian suficientemente su carne roja y arreida : estaba horrible.

¿Cómo calentar al compañero que Dios me enviaba? No tenia nada que quemar en mi chimenea.

Después de haber buscado un rato encontré un pañolito azul olvidado por Mariette. En los quince dias que habia durado su ausencia muchas veces le habia yo llevado al cuello y á mis labios.

El pañuelo estaba frio como el corazón de Mariette, y el pajarillo no cesaba de tiritar un instante.

—Vamos, me dije yo, tomemos una resolución heroica.

Y como un hombre que marcha al cadalso me apoderé de las obras de Bauville, de Bayer y de Rolland, añadí algunas canciones de Dupin, algunas fábulas de Lachambaudie, planté en la chimenea el edificio coronándolo con mis libros y folletos, y le encendí con un soneto mio.

— No os enfadeis, mis queridos poetas, habeis hecho demasiados reclamos á los pájaros para no querer calentar uno que tiembla de frio.

Esta lumbre, cuyos leños eran alejandrinos, se mantuvo por espacio de una hora : los versos tienen la vida dura. Mi pajarillo recobraba su vigor; sus plumas secas tomaban su colorido, y pronto pude ver que era un canario.

El pobre animalito me miraba con gratitud. Yo desmenuzaba delante de él un pastelillo que habia comprado la víspera pensando en la vuelta de Mariette. Mariette es muy aficionada á las golosinas. Cuando pasa por delante de una pastelería sus labios de color de cereza se arrugan, y las ventanillas de su nariz se dilatan de cierto modo que pone un hociquito encantador : ¡ pícaro muchacha!

El pajarillo miró las migajas sin tocarlas. Después he pensado que quizá tenia sed, pero entonces no me ocurrió tal idea. A veces con las mejores intenciones se olvidan las cosas mas sencillas.

— ¿De dónde vienes, *povero*? pregunté á mi huésped.

ped. ¿Qué dioses enemigos te han traído á mi casa? ¿qué fatalidad ha cambiado tu destino? ¿qué buscabas tú en las tinieblas de la noche sombría? ¿El amor ó la libertad?

¡ Rrrrrrrrui tui tui tui tui tui..... it! cantó el pajarillo.

Esta opinion, que correspondia perfectamente á mi pensamiento, me hizo esperar que mi canario y yo viviríamos en la mejor armonía de ideas.

Aquella noche no dormí. En cuanto amaneció bajé y compré una jaula y las provisiones necesarias; no queria que le faltara nada á mi huésped. Le instalé en su nueva morada jurándole que jamás le tendria cerrada la puerta, y como es preciso que toda cosa tenga un nombre, le dí el de Moisés porque le habia sacado de las nieves, como la hija del rey habia salvado de las aguas al niño profeta.

El invierno fué malo. Moisés y yo estuvimos muy tristes. Yo pasaba el tiempo en contemplar el retrato de Mariette; y habia comprado para Moisés musgo bien verde, porque el musgo es el retrato de la primavera.

Por fin volvió el buen tiempo. Quien no habia vuelto es Mariette.

Moisés inquieto saltaba en su jaula; de cuando en cuando lanzaba un grito lastimero, ¡ pi! ¡ pi! ¡ pi! Yo comprendia lo que queria cantar.

Una mañana me dije que el egoismo era una cosa muy fea, y marché á casa de la mujer que me habia vendido la jaula á comprar una compañera para mi amigo.

Moisés se puso loco de alegría; saltaba y cantaba que era un portento.

— Sé dichoso, Moisés, le decia yo; ama y canta, pobre pajarillo. Ahora voy á cerrar tu jaula, porque si no, amigo mio, tu Mariette podria escaparse y llorarias.

— ¡ Rrrrrrrrui, tui tui tui it! cantaba el enamorado, y cogiendo pedacillos de lechuga los llevaba á su amiga.

Yo conocia esa amabilidad : ¡ tantas veces habia comprado pastelillos!

La felicidad de Moisés principiaba á cansarme; aquellos besos continuos me atacaban los nervios, aquellos cantos de amor me parecian un insulto á mi infortunio. Los malos instintos recobraron su imperio, y cometí una mala accion.

— ¡ Ah! pajarillo tonto, dije yo á Moisés; ¿ crees en el amor? Vas á ver lo que es bueno. No has tenido lástima de mi pena; cantas cuando me ves llorar; te figuras que tu Mariette es mejor que la mia : espera un poco.

Entonces abrí la puerta de la jaula, la até de modo que no pudiera cerrarse, y bien seguro de que la hembra se escaparia en breve, me fuí á la Biblioteca á fin de no ser testigo del dolor de Moisés.

¡ Cuántos remordimientos atormentaron mi alma en aquel dia! Por la noche apenas me atrevia á abrir mi puerta.

— ¡ Pobre Moisés! me decia yo; ¡ cuán grande no será su dolor en este momento! ¿ Qué de reconvencciones me va á dirigir, y todas merecidas! Pero ¡ qué diantre! continuaba, tanto peor para él; si su Mariette se ha escapado, él la habrá seguido. ¡ Ah! ¡ Si yo hubiera tenido alas!

Me acosté sin querer mirar la jaula.

Al otro dia me despertó el canto de mis pájaros : me quedé atónito.

— ¡ La hembra no se ha marchado! exclamé; ¡ qué leccion para la humanidad!

La humanidad para mí era Mariette. Iba á dar gracias al cielo porque no habia permitido que mi mala accion tuviera un resultado deplorable, cuando con gran sorpresa ví tres pájaros en la jaula donde pensaba no hallar mas que uno. Un canario extraño, que sin duda se habia escapado de alguna casa de la vecindad, se habia venido á refugiarse con mis pájaros.

— ¡ Ah! Mariette amarilla, ¡ qué buena eres! ¡ Cuántas mujeres deberian tomarte por modelo! Sí, no hay duda que si lo hicieran, todo iria mejor que en la actualidad. Y tú tambien, amiguito Moisés, eres un pajarillo honrado; vales mucho mas que los hombres. No digo esto por adularte, no es una lisonja, pero en fin eras dichoso y has recibido en tu casa un desconocido que tenia hambre y sed : está bien hecho. Te aseguro que no habria muchos que hicieran otro tanto. Mira, yo mismo, si la noche que viniste á llamar á mi ventana, no hubiera tenido el corazón devorado de pesar, si Mariette hubiese estado aquí, no habria pegado fuego á mis poetas. Te habria dejado tiritar de frio, y en vez de hacerte un nido con el pañuelo de la ingrata, te habria dado á mi portero.

Después de este discurso pronunciado con voz conmovida, mudé el agua de la jaula, deshaciéndome en invectivas contra Murger, ese autor dramático tan feo cuando que abatece á los teatros de tal manera que yo no sabria donde llevar una comedia, si es que me daban pensamientos de escribir alguna.

Tres semanas después me hallaba yo asomado á mi ventana, diciéndome que era muy extraordinario que en una casa tan vasta como la que yo habitaba, hubiese tantos vecinos y tan pocas vecinas.

Maquinalmente miré á la jaula : Moisés habia desaparecido.

Esta fuga me puso de muy mal humor, pues queria mucho al pobre pajarillo que todo un invierno habia tenido frio en mi compañía.

— Es terrible, pensaba yo; nada ha podido detenerle, ni la amistad ni el amor; todo lo ha sacrificado por la libertad y ha obrado perfectamente.

Habiéndose marchado el compañero de mis malos dias, no tenia ya ninguna razon para conservar á los otros dos pájaros que no me habian merecido el mayor afecto; así es que pensé regalárselos aquel mismo dia á mi inteligente amigo el doctor Gaubert, que siempre se ha complacido en considerar su casa como una sucursal del Jardin de Plantas.

Me vestí pues, y estaba á punto de coger la jaula, no sin haberme preguntado si haria un papel ridiculo cruzando las calles con los pajarillos, cuando vino á llamar mi atencion un horrible espectáculo.

El pájaro forastero, bañado en su sangre, yacia en el fondo de la jaula. Moisés, colgado por una pata de la cuerdecilla de la pamplina, habia cesado de vivir, y una gota de sangre estaba suspendida de la punta de su pállido pico.

Lo que habia sucedido era esto :

Hacia tiempo ya que Moisés abrigaba sospechas acerca de su compañera y de su huésped. Moisés no era uno de esos canarios débiles ó complacientes que tienen poco cuidado de su honra ó que prefieren la duda á una horrible certeza. Supuso un viaje urgente que, segun dijo, debia de ser bastante largo; confió su mujer á su amigo y partió; pero al llegar á la barrera se volvió por el mismo camino.

Cuando llegó á su jaula vió al forastero que ocupaba su nido sin desconfianza alguna. Sin decir una palabra Moisés se acercó á él, y de un picotazo le hizo saltar los sesos. En seguida, loco de desesperacion y de vergüenza el infeliz, no pudiendo sobrevivir á su deshonra, se habia ahorcado.

Yo buscaba á la hembra; metida debajo del comedero parecia hallarse en un completo estado de postracion. La sangre de Moisés caia sobre ella y los sesos de su amante manchaban su bonito plumaje.

— Ves lo que has hecho, pícara Mariette amarilla, la dije yo; un capricho tuyo ha costado la vida á dos amigos que se querian; el forastero era un pájaro galante, que si ha cometido una falta ha sido porque te encontró en su camino; Moisés era un canario animoso y leal que habria dado su vida por evitarte una lágrima, y tú le has engañado infamemente. No tienes perdon de Dios, él era mas hermoso que el forastero; por consiguiente solo te ha guiado el placer de hacer mal. Márchate de aquí, te arrojé de mi casa, y te desprecio.

La hembra nada respondió; me miró y lanzó su grito ¡ pi! ¡ pi! ¡ pi! ¡ pi!

¡ Estaba loca!

Desde entonces me pregunto yo si son los canarios los que imitan á los hombres, ó los hombres quienes obran como los canarios.

Mariette, á quien he vuelto á ver en el baile de Mabile, dice que son los hombres.

A. S.

### Boletín científico

#### Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

**CURACION DE LA TISIS PULMONAR :** — El doctor Bellanger ha publicado en un periódico científico de Paris el siguiente artículo sobre los progresos que hace el método curativo descubierto por el doctor Charroule.

Dice así :

« La buena noticia que ha consolado el corazón de tantos desgraciados, se confirma. La ciencia cumple todas sus promesas á los tísicos. Armado de su maravilloso aparato, el doctor Charroule libra felices combates á la muerte y multiplica las curaciones heroicas. El doctor Charroule hace bendecir cada dia su nombre por enfermos que curan, íbamos á decir que resucitan, al contacto de las aspiraciones yódicas.

La tisis pulmonar era ayer una enfermedad indomable que causaba espanto y sembraba la desolacion en las familias; un tísico era un sentenciado que no podia apelar del fallo ni siquiera pedir gracia; hoy dia lucha con probabilidades iguales contra la furia del destino y triunfa hasta en los brazos de la muerte.

El doctor Charroule ha hecho dar indudablemente á la medicina un paso hácia adelante; pero ha sabido que era menos difícil triunfar de la tisis pulmonar que de la obstinacion de los incrédulos sistemáticos que no saben ver claro, sino es en lo pasado, y que no saben conocer una verdad hasta que salta á los ojos de todo el mundo. ¿ Qué puede decir el doctor Charroule á esos enfermos extravagantes que entretienen su mal y que tiemblan á la idea de emprender su curacion? Puede invocar contra ellos la autoridad de las Academias de medicina de Paris y de Bruselas, que no han dudado, en presencia de las curaciones sorprendentes que ha sometido á su inspeccion; puede oponerles nuevos hechos que han venido á confirmar los primeros; puede finalmente dirigir á los profetas de la muerte y de la fatalidad, que sostienen que la tisis es incurable, el testimonio de los numerosos tísicos que le deben su salud.

¿ Es pues tan difícil dejar de creer que la tisis pulmonar es desgraciadamente incurable? Los siglos acusan bajo este respecto la impotencia de la medicina; pero ¿ cuántos hechos no atestiguan que por espacio de muchos siglos se ha podido pasar por el lado de la verdad sin descubrirla? Todo lo que prueban los malos resultados de nuestros predecesores no es que la tisis fuese incurable, sino que no habian sabido hallar la senda que podia conducir á su curacion.

La tisis pulmonar ejerce sus estragos en el interior de los pulmones; era pues allí donde era necesario concentrar toda la actividad de la medicacion; pero ¿ cómo llegar al interior de un órgano accesible solamente al aire atmosférico por un sistema de tubos vivientes que parecen no poder tolerar el contacto de ningun otro agente? Creíase pues que no se podia enviar medicamentos á los pulmones á no ser por el tardío conducto de un laberinto interminable, por las infinitas

vias de la absorción y de la circulación. Por consiguiente, ora fuese el estomago, la superficie del cutis ú otro punto cualquiera, ¿no debía este medicamento, en su inmenso y complicado curso, fraccionarse hasta el infinito? ¿No debía, careciendo de preferencia electiva para cualquier órgano, distribuirse por todas partes, y llegar do quiera que fuese en átomos ó en moléculas infinitesimales?

Preguntamos: ¿hay en la naturaleza una sustancia de la cual un átomo pueda resolver un tubérculo ó cicatrizar una caverna tuberculosa? ¿Hubiera curado nunca un átomo de quinina una calentura intermitente? ¿Se disipa la anemia ó la clorosis al contacto de una molécula ferruginosa? Hé aquí la razón porqué han sido impotentes todos los agentes terapéuticos dirigidos contra la tisis pulmonar; el mal no era incurable; podía ser combatido con buen resultado; pero el remedio no llegaba con suficiente fuerza al terreno de la lucha; no se pensaba en el único camino que podía conducirle á él; la tisis pulmonar era, como los romanos decían de los partos, mas bien inaccesible que invencible.

El principal mérito del doctor Chartroule, y es muy grande por cierto, consiste en habernos enseñado que había un camino espacioso y sobre todo propio para conducir con seguridad medicamentos á los pulmones. Logrado este descubrimiento, ha inventado un instrumento ingenioso que fija la cantidad de los medicamentos, que los vaporiza y que les lanza como una lluvia benéfica sobre todos los puntos de la sustancia del órgano, cada molécula alterada recibe una molécula de aire que le lleva una molécula medicamentosa. Las aspiraciones yódicas derraman sobre todas las superficies enfermas una especie de rocío terapéutico que se renueva á cada movimiento respiratorio; la cicatrización de las cavernas ó de las úlceras se opera como se apagaría un incendio, bajo la acción de una bomba hidráulica que arroja una gota de vapor de agua sobre cada chispa de fuego.

No es pues una cosa admirable el ver cerrarse ó cicatrizarse cavernas tuberculosas bajo la influencia de las aspiraciones yódicas; sería por otra parte en el día una puerilidad poner en duda cosas que se repiten todos los días. Los triunfos del doctor Chartroule no pueden ser negados sino por aquellos que cierran los ojos á la evidencia. Estos triunfos no se debilitarán por argumentos que se reducen á una blasfemia contra el progreso, y que consisten en suponer que la tisis pulmonar es incurable porque lo ha sido siempre. El tratamiento de las enfermedades pulmonares por las aspiraciones yódicas ha entrado con gran crédito en el templo de la ciencia para no volver á salir mas de él; ha hecho sus pruebas como medicación energética y eficaz contra la tisis pulmonar, y como medicación cierta contra los catarros pulmonares.»

— **ECONOMIA DOMESTICA.** — *Papel para desmenuar el hierro y el acero:* — Se impregna un pliego de papel en una fuerte disolución de cola de carnaza, y despues se polvorea con esmeril fino ó asperon pulverizado, y tambien con vidrio ó piedra pomez molida, que producen el mismo efecto; luego se cubre con otro pliego de papel, sobre el cual se pasa un rodillo apretándolo fuertemente contra el mismo, y cuando esté seco se sacude para que caigan los polvos que no se han pegado.

Quando han de limpiarse utensilios, armas ú otros objetos de hierro, se rasga un pedazo de dicho papel, y con él se quita el orin ó grasa pegada al hierro. Da á dichas materias diferentes grados de finura, y se varian conforme á la mayor ó menor hermesura que quiere darse al bruñido de hierro.

— *Modo de dar lustre á las estufas, tapaderas de chimeneas y demás utensilios de hierro colado:* — 1º Limpiense las planchas con un cepillo fuert; quitándolas despues el orin y el polvo por medio de la frotación con piedra pomez ó arena silicea.

2º Muélanse cerca de cuatro onzas de mina de plomo, y reducida á polvo échense en una olla con medio cuartillo de vinagre.

3º Aplíquese esta composición á las planchas con una brocha, y frótense.

4º Quando las planchas estén suficientemente secas, frótense con otra brocha hasta que se pongan lustrosas como el cristal.

— *Proceder para limpiar los grabados y los libros:* — Para blanquear una estampa basta meterla en una disolución de cloro, dejándola en maceración mas ó menos tiempo segun la suciedad del papel.

Quando se hace la operación en un libro encuadernado, para que todos los pliegos queden mojados en la disolución, es preciso abrirlo bien y hacer de manera que solo el papel esté zambullido en el líquido, separando despues los pliegos unos de otros para que se humedezcan igualmente por ambos lados; concluyendo la operación con lavarlo en agua muy limpia y hacerlo secar.

Con este procedimiento se quitan tambien las manchas de tinta.

— *Modo de limpiar las armas, el hierro y el acero:* — Cuando el hierro y acero están mohosos, comience la operación por frotarlos con esmeril en polvo fino, mezclado con un poco de aceite, y en seguida con la piedra pomez muy fina, dándole el lustre con tripol. Si el hierro ó acero no tienen orin, se emplean solamente estas dos últimas sustancias, sirviéndose para limpiarlos de una tablita de sauce, de chopo ó de cualquiera otra madera blanda que no sea resinosa; ó tambien de un peine ó pieza puntiaguda de madera, para alcanzar los parajes vaciados de las molduras ó adornos. Quando se emplea la piedra y tambien el tripol, deben humedecerse con un poco de aceite, y con una piel fuerte arrollada frotarlas por la superficie de las armas. El último bruñido que se da con el tripol debe hacerse en seco: y esto es suficiente para que lo conserven hermoso.

Dase tambien un bello lustre al acero con hematites molido y reducido á polvo finísimo, junto con una cantidad igual de bermellon.

— *Para impedir que el sudor de las manos manche y altere algunas obras:* — Restréguense ambas manos con un poco de locopodio ó azufre vegetal, y se evitará este molesto inconveniente.

— *Especie de goma para pegar los vasos rotos:* — Con claras de huevos bien batidas, queso blando y cal viva se hace una mezcla que resiste al agua y al fuego.

— *Para hacer un encerado mas claro que el vidrio:* — Mójese pergaminó ó vitela bien pulida y blanca y encólese en el bastidor, y cuando esté seco, désele una ó dos capas de un barniz compuesto de partes iguales de nueces y agua clara, hervido en un vaso de tierra con un poco de vidrio molido.

— *Polvos para limpiar la vajilla de plata:* — Todos los artículos que bajo diferentes denominaciones se venden como polvos para limpiar la plata, tienen mezcla de azogue, que penetrando en los poros del metal, lo hace tan quebradizo, que á la menor caída de una pieza puede con facilidad romperse.

El albayalde mojado y aplicado sobre los objetos que se quieren limpiar, ó bien con la frotación en seco ofrece el medio mas eficaz y menos dispendioso de cuantos se han usado: los joyeros raras veces siguen otro. Púedese tambien hacer hervir las piezas en un poco de agua con una onza de cuerno de ciervo calcinado y porfirizado, y añadirle despues un azumbre y medio de agua. En este caso es necesario escurrir la plata en la vajilla y hacerla secar al calor del fuego; en seguida se ponen á hervir en este líquido arambles pequeños de lienzo fino, hasta que estén bien impregnados de toda la composición. Con este lienzo podrá limpiarse la vajilla, la que en seguida deberá frotarse con cuero de gamo: tambien puede servir para las visagras de las puertas y otros objetos de cobre ó de plata.

El siguiente procedimiento es infalible para blanquear la vajilla.

Mézclense partes iguales de sal amoniaco, alumbre de roca, sal jema, tártraro y vitriolo romano, todo en polvo: disuélvase en agua clara, y hágase hervir la vajilla cuanto se crea necesario, con cuya operación la plata quedará en extremo blanca.

Tambien se raspan en un plato cuatro onzas de jabon blanco con un cuartillo de agua caliente; en otra vasija se mezcla media onza de tártraro crudo con otro cuartillo de agua caliente; y en otro vaso de agua tambien caliente se echa media onza de cenizas graveladas: frótase en seguida la vajilla con un pincel de cerda de puerco, bañándolo primero en el líquido de tártraro crudo, despues en la ceniza gravelada y por último en el jabon. Despues de esta operación debe lavarse la vajilla en agua caliente y limpia, y enjuagarla con un lienzo blanco y seco.

— *Para impedir que el aceite eche humo:* — Póngase en el fondo de la lámpara agua destilada de cebollas, y encima échese el aceite, con lo que se evitará que arroje humo.

— *Otro método para lo mismo:* — Hágase derretir en el fuego manteca del mes de mayo, y échese sal comun bien seca: esta arrastrará al fondo toda el agua y tierra que contendrá la manteca, dejándola como un aceite transparente y hermoso, sin que haga humo puesto en la lámpara.

**Revista de la moda.**

SUMARIO: — Los salones están cerrados. — La córte en Fontainebleau. — Trajes de amazona para montar á caballo. — La boda de Mlle Mirés. — Particularidades de esta boda. — Casamiento del conde V. Aguado en la capilla de Tullerías. — De los vestidos actuales. — Las joyas galo-romanas. — El jacinto y el ópalo á la moda. — Sombreros para baños de mar y sombreros de calle. — El Miriñaque Múltiple. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de baile.

Los salones de París están cerrados y la córte se halla en Fontainebleau. El servicio de honor se hace en el palacio de Fontainebleau por el general de Faily, el marqués de Gallifet, el baron de Montbrun y su hijo, el baron de Vassard, el duque de Varente, M. Asselin, Mme de Sancey y la condesa de Rayneval. Entre los convidados se citan: el principe y la princesa Czartoriski, el conde de Pourtalés, el conde de Chasseloup Laubat, el duque y la duquesa d'Isly, el duque y la duquesa de Malakoff, lord Cowley, M. Fould, M. y Mme Delangle, M. y Mme Roube, el duque y la duquesa de Cambreres, M. de Fleury, el conde y la condesa de Beaumont, el conde y la condesa Lehon, M. y Mme de Vaigny, M. Thouvenel, M. de Nigro, señores Domino Arcos y Javier Arcos.

Durante la estancia de SS. MM. II. en Fontainebleau habrá lujosas cacerías.

El traje de amazona continúa siendo al estilo de Luís XIII. El corpiño con faldones de guardia francesa y solapas es muy gracioso. Hay señoras que añaden el tricorno de paja de Italia con cintas de terciopelo negro, y tres gruesos lazos de terciopelo negro entre cada punta. Tambien se lleva un pompon de plumas en medio de la punta de delante, y este pompon sostiene una pluma caída. Las botas con espuelas de oro están muy á la moda en Fontainebleau.

El gran suceso del mundo elegante en el mes de junio ha sido la boda de la hija del famoso banquero M. Mirés con el principe de Polignac, que se celebró el 5 en la Magdalena.

La música que se cantó en la misa, es de M. E. de Polignac, discípulo de Gormod.

Mademoiselle Mirés llevaba un vestido blanco de moaré con un poco de cola, y orlado con un ancho rizado de encaje de Inglaterra. Un velo de Inglaterra dispuesto en ogiva envolvía el traje sirviendo de adorno. Hasta el talle este velo estaba sembrado de estrellas; luego se abría como un abanico lleno de magníficas flores.

Madama Mirés llevaba un traje verde y blanco sumamente elegau e.

El principe Polignac vestia un frac azul con botones de metal y pantalon claro.

A la boda asistia un gentío inmenso, donde habia de todas las clases de la sociedad; de la aristocracia, la política, la banca, la literatura y el periodismo.

Los trajes eran muy variados: los habia bonitos y feos, elegantes y ridiculos, pretenciosos y sencillos.

Monseñor Mazenod, obispo de Marsella, dió la bendición nupcial y pronunció un discurso en el que dijo, que la novia era el tesoro mas preciosos de la familia.

En la capilla de Tullerías se ha celebrado otra boda, la del conde V. Aguado con Mlle Freyschett, jóven y hermosa alemana que la gran duquesa Estefanía de Baden tenia á su lado como señorita de honor. S. M. la emperatriz ha hecho á la novia un regalo magnífico.

Hablemos ahora de las modas y de las novedades del día. Los vestidos se hacen con volantes pequeños ribeteados de cinta de color, ó con volantes grandes Luis XVI rizados por arriba.

Casi todos los corpiños son escotados, y llevan una pequeña esclavina abierta con guarnicion. En los vestidos ligeros los cinturones de cinta flotante se prefieren á los de hebilla. Sin embargo, hay una nueva moda, la de las hebillas de esmalte transparente del color del vestido, con un círculo de oro.

Como última novedad hay la hebilla Antonieta; la duquesa de C... se ha mandado hacer una ilustrada con una larga flor de lis de esmalte blanco. La botonadura de las mangas y del cuello completaba este aristocrático aderezo.

Las joyas galo-romanas van á luchar con las bizantinas. Se copian estas alhajas de modelos hallados en las excavaciones de Pompeya.

Tambien hay una piedra que estaba muy en moda en tiempo de Luís XV y que principia á ser distinguida por las señoras del gran mundo.

Es el jacinto que tiene los matices del ámbar y el topacio; es un rayo de sol que se refleja en un diamante.

El ópalo tambien está en moda. La emperatriz Eugenia tiene un magnífico aderezo de ópalos que cuadra maravillosamente con su delicada blancura.

Los sombreritos para baños de mar llevan por adorno una mariposa de ópalos ó de pedrerías en medio de un lazo de terciopelo negro.

Estos sombreros son de una originalidad nunca vista.

Hay el sombrero de tres picos; — el Bolero; — el Lady; — el Claremont; — el Milanés; — el Watteau y otros muchos. Todos van adornados con penachos y plumas á cual mas extravagantes. El sombrero Lady es abarquillado, va ribeteado de terciopelo negro y lleva una larga pluma negra, blanca ó de color.

Citaré tambien el sombrero Milanés de paja fina de Italia ribeteado de terciopelo negro, con un grueso cable de paja que da vuelta al casco y cae por los lados con las puntas sueltas.

Pasemos á los sombreros de calle que son muy sencillos y elegantes.

— Un sombrero de paja de arroz cocida adornado con una banda de encaje negro, vuelta en dos puntas sobre el ala y sobre el bavolet con hebilla de follaje. El bavolet de tafetan negro va forrado de encaje blanco.

— Un sombrero de crin adornado al borde del ala con una drapería blanca de crespón liso bordado de paja y con franja de plumas blancas y paja. Bavolet malva. En el interior del ala, rizado de crespón malva y blanca blanca. Cintas de color malva.

— Una capota de tul blanco bordado con fichu de encaje negro sobre el bavolet que se abarquilla por un lado del ala, con grupo de rosas silvestres.

— Un sombrero de fantasía con un ala de tafetan negro cubierta con una blanca blanca formando catalanas, y un casco de paja belga con cintas Solferino.

Voy á hablar del *Miriñaque Múltiple* sin ballenas, sin resortes de acero y sin aros; nada mas sencillo que este miriñaque; consiste en unos volantes dispuestos en forma de abanico.

Y sin embargo, no es un miriñaque de volantes en toda la acepción de la palabra; es un miriñaque múltiple combinado de tal modo, que cada pieza de las que le componen se desarma á pedazos, lo que es muy cómodo para el lavado. Su mérito consiste en que forma los pliegues mas flexibles y caprichosos debajo del vestido. Por esto disfruta en París de una boga merecida.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin que representa trajes de baile, los últimos de la temporada.

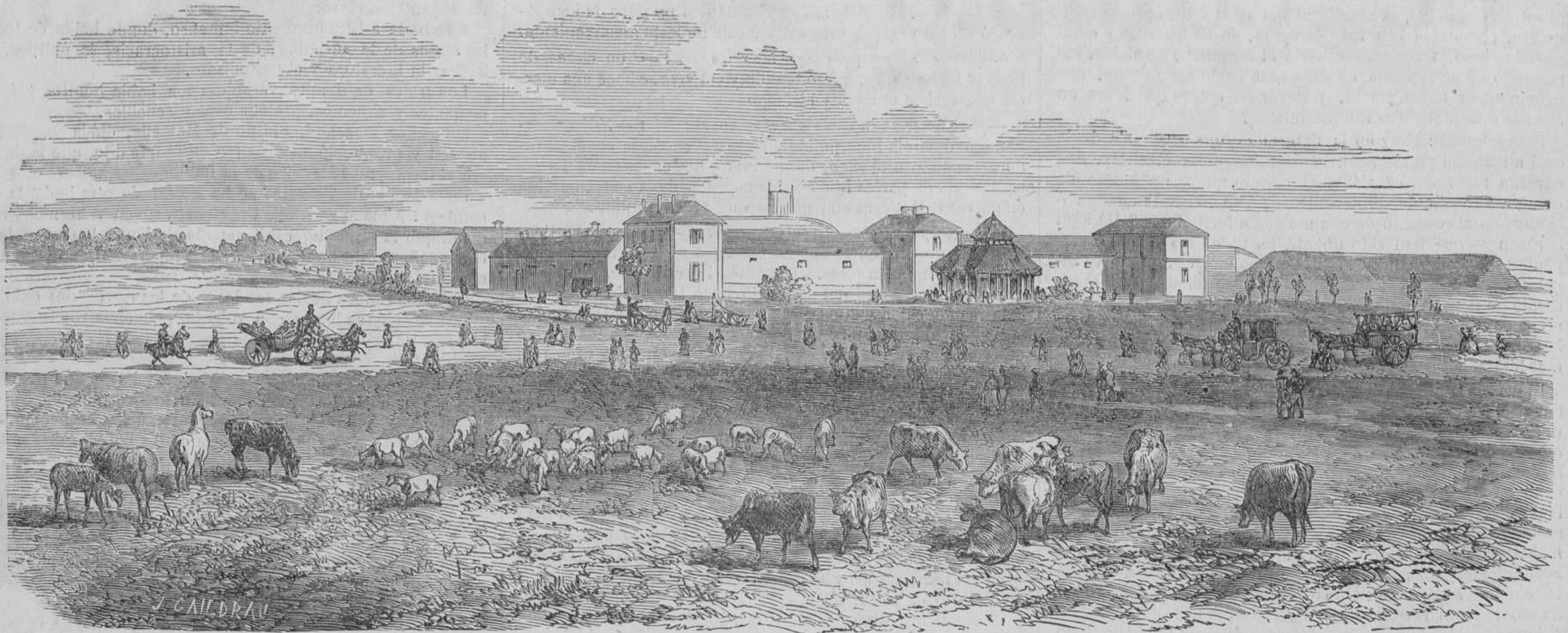
El primero se compone de un vestido de tarlatana con once volantes menudos recortados y adornados con un ruló de tafetan amarillo. En cada paño los volantes se cruzan en forma de fichu y están sostenidos con ramitos de flores.

Corpiño de drapería con adorno de flores y de yerbas en medio del pecho y sobre los hombros. Abanico de fantasía de crespón blanco y tocado de flores.

Segundo traje. — Vestido de crespón liso verde luz con florecillas de oro. Lleva tres faldas. Corpiño con draperías cruzadas en punta y prendidas en un cinturon de oro con hebilla bizantina. Manga corta y hueca con mangas interiores de tul y blanca. Tocado de flores mezcladas dispuestas en bandós.

Tercer traje. — Vestido de gasa de Chambery rosa hortensia con nueve volantes orlados de blanca, puntilla de encaje y cinta rosa. Corpiño á la griega con draperías de tul prendidas en medio de la cintura con un camafeo antiguo. Tocado de flores silvestres con yerba verde.

Cuarto traje. — Vestido de granadina azul con doble falda. La primera va adornada con una serie de nueve afollados, y la segunda va recogida al lado en túnica con un ramillete de rosas y está guarnecida con dos afollados. Corpiño con afollados formando berta. Mangas odaliscas que caen hasta media falda. Corona de florecillas azules con rosas por un lado.



LA GRANJA IMPERIAL DE VINCENNES.

**El bosque de Vincennes**

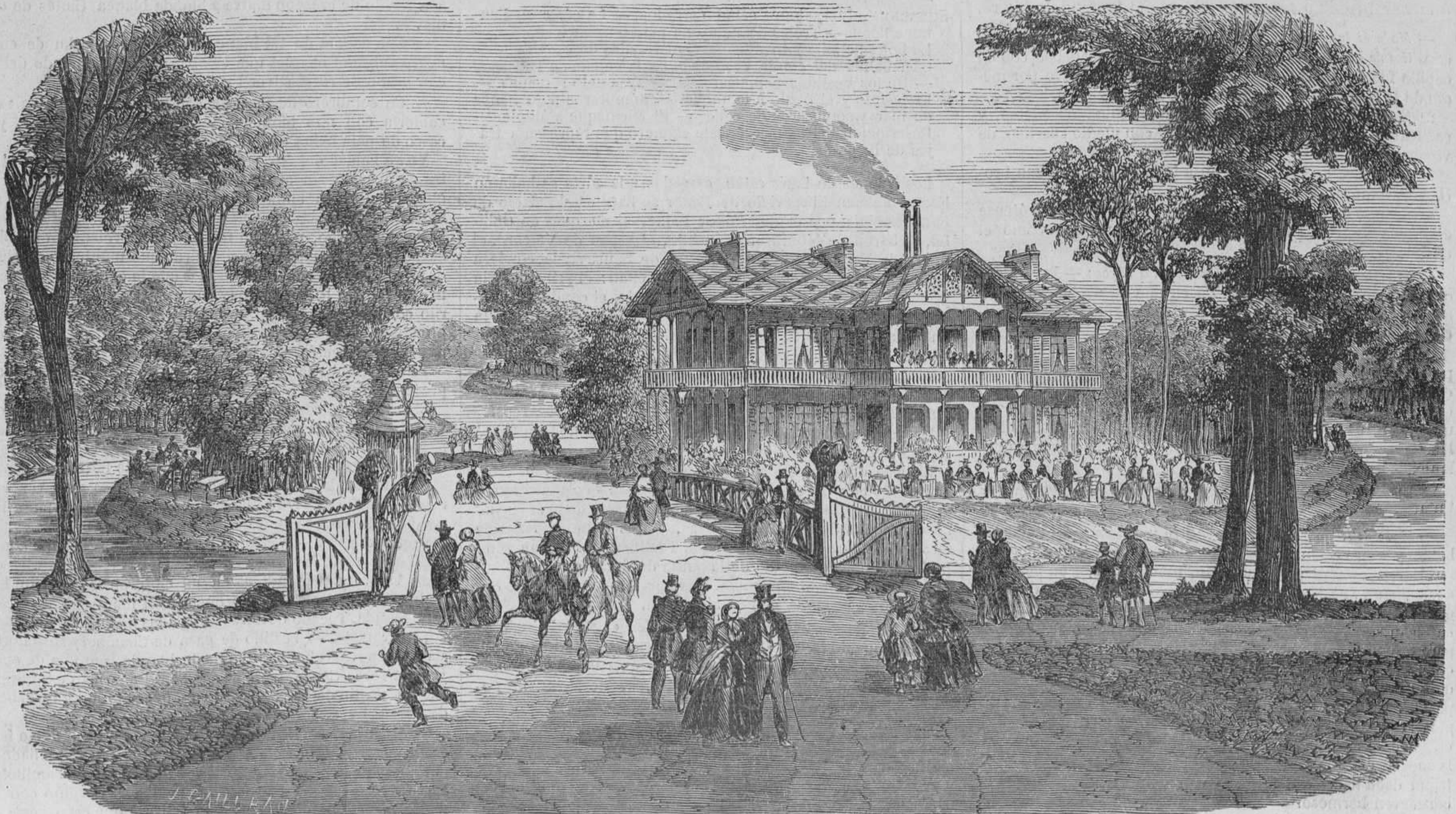
Paris tiene para su aristocracia el bosque de Boulogne, ese bosque que es hoy una maravilla con sus magnificas avenidas, sus hermosas sombras, sus lagos, sus rocas, sus fondas y hasta sus posesiones de recreo. — Pero este paseo está lejos de los arrabales populares que tambien necesitan respirar el aire libre y disfrutar de la sombra de los árboles. Por esta razon se ha trasformado en un verdadero jardin el antiguo bosque de Vincennes. Además se ha establecido en él una granja imperial con todas sus bonitas dependencias, tanto que ya nada le falta á ese hermoso paseo, ni siquiera una casa rústica donde se va á tomar buena leche y buenos bittecks y que se ha hecho muy popular bajo el nombre de *Chalet de la Porte Jaune*. P. P.



LA LECHERIA, VISTA EXTERIOR.



LA LECHERIA, VISTA INTERIOR.



LA CASA RÚSTICA DE LA PUERTA AMARILLA.